

LA VERDAD SOSP E CHOSA.

PERSONAS.

Don Garcia , } amantes de
Don Juan , }

Doña Jacinta , sobrina de

Don Sancho.

Don Juan de Luna , anciano, y padre de
Doña Lucrecia.

Don Beltran , padre de don García.

Don Felix.

Un Letrado.

Isabel , criada de doña Jacinta.

Camino , escudero de doña Lucrecia.

Un page.

Tristan , criado de don García,

La escena es en Madrid , y el trage á la española
antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SALA EN CASA DE DON BELTRAN.

Salen por una puerta don García y un Letrado viejos vestidos de estudiantes y de camino, y por la otra don Beltran y Tristan.

Don Beltran.

Con bien vengas, hijo mio.

Don García.

Dame la mano, señor.

Don Beltran.

¿Cómo vienes?

Don García.

El calor

del ardiente y seco estío
me ha afligido de tal suerte,
que no pudiera llevarlo,
señor, á no mitigallo
con la esperanza de verte.

Don Beltran.

Entra pues á descansar.

Dios te guarde, ¡qué hombre vienes!

¿Tristan?

Tristan.

Señor.

Don Beltran.

Dueño tienes
nuevo ya de quien cuidar:
sirve desde hoy á García;
que tú eres diestro en la corte,
y él bisoño.

Tristan.

En lo que importe
yo le serviré de guía.

Don Beltran.

No es criado el que te doy;
mas consejero y amigo.

Don Garcia.

Tendrá ese lugar conmigo. *vase.*

Tristan.

Vuestro humilde esclavo soy. *vase.*

Don Beltran.

Déme, señor licenciado,
los brazos.

Letrado.

Los pies os pido.

Don Beltran.

Alce ya. ¿Cómo ha venido?

Letrado.

Bueno, contento, y honrado
de mi señor don García,
á quien tanto amor cobré,
que no sé como podré
vivir sin su compañía.

Don Beltran.

Dios le guarde, que en efeto
siempre el señor licenciado
claros indicios ha dado
de agradecido y discreto.

Tan precisa obligacion
me huelgo que haya cumplido
García, y que haya acudido
á lo que es tanta razon.
Porque le aseguro yo
que es tal mi agradecimiento,
que como un corregimiento

mi intercesion le alcanzó,
 segun mi amor desigual
 de la misma suerte hiciera
 darle tambien si pudiera,
 plaza en el consejo real.

Letrado.

De vuestro valor lo fio,

Don Beltran.

Si, bien lo puede creer;
 mas yo me doy á entender,
 que si con el favor mio
 en ese escalon primero
 se ha podido poner, ya
 sin mi ayuda subirá
 con su virtud al postrero.

Letrado.

En cualquier tiempo y lugar
 he de ser vuestro criado,

Don Beltran.

Ya, pues, señor licenciado,
 que el timon ha de dejar
 de la nave de Garcia
 y yo he de encargarme de él,
 que hiciese por mí y por él
 sola una cosa querria.

Letrado.

Ya, señor, alegre espero
 lo que me quereis mandar.

Don Beltran.

La palabra me ha de dar
 de que lo ha de hacer, primero.

Letrado.

Por Dios juro de cumplir,
 señor, vuestra voluntad.

Don Beltran.

Que me diga una verdad,
le quiero solo pedir.
Ya sabe que fué mi intento,
que el camino que seguia
de las letras don García
fuese su acrecentamiento;
que para un hijo segundo
como él era, es cosa cierta
que es esa la mejor puerta
para las honras del mundo.
Pues como Dios se sirvió
de llevarse á don Gabriel
mi hijo mayor, con que él
mi mayorazgo quedó,
determiné, que dejada
esa profesion, viniese
á Madrid, donde estuviese,
como es cosa acostumbrada,
entre ilustres caballeros
en España; porque es bien
que las nobles casas den
á su Rey sus herederos.
Pues como es ya don García
hombre que no ha de tener
maestro, y ha de correr
su gobierno á cuenta mia,
y mi paternal amor
con justa razon desea,
que ya que el mejor no sea,
no le noten por peor;
quiero señor licenciado
que me diga claramente
sin lisonja lo que siente,
supuesto que le ha criado,

de su modo y condición,
 de su trato y egercicio
 y á qué género de vicio
 muestra mas inclinacion.
 Sintiene alguna costumbre
 que yo cuide de enmendar;
 no piense que me ha de dar
 con decirlo pesadumbre.
 Que él tenga vicio es fôrzo
 que me pese, claro está;
 mas saberlo me será
 útil cuando no gustoso.
 Antes en nada á fé mia
 hacerme puede mayor
 placer, ó mostrar mejor
 lo bien que quiere á García,
 que en darme este desengaño,
 cuando provechoso es,
 si he de saberlo despues
 que haya sucedido un daño.

Letrado.

Tan estrecha prevencion,
 señor, no era menester
 para reducirme á hacer
 lo que tengo obligacion.
 Pues es caso averiguado,
 que cuando entrega al señor
 un caballo el picador,
 que lo ha impuesto y enseñado,
 si no le informa del modo
 y los resabios que tiene,
 un mal sucesó previene
 al caballo, y dueño, y todo.
 Deciros verdad es bien;
 que demas del juramento

daros una purga intento ,
 que os sepa mal y haga bien.
 De mi señor don Garcia
 todas las acciones tienen
 cierto acento , en que convienen
 con su alta genealogía.
 Es magnánimo y valiente ,
 es sagáz y es ingenioso ,
 es liberal y piañoso ;
 si repentino , impaciente.
 No trato de las pasiones
 propias de la mocedad ;
 porque en esas con la edad
 se mudan las condiciones.
 Mas una falta no mas
 es la que le he conocido ,
 que por mas que le he reñido
 no se ha enmendado jamás.

Don Beltran.

¿ Cosa que á su calidad
 será dañosa en Madrid ?

Letrado.

Puede ser.

Don Beltran.

¿Cuál es ? decid.

Letrado.

No decir siempre verdad.

Don Beltran.

¡ Jesus , que cosa tan fea
 en hombre de obligacion !

Letrado.

Yo pienso , que , ó condicion
 ó mala costumbre sea ,
 con la mucha autoridad
 que con él teneis , señor ,

junto con que ya es mayor
su cordura con la edad,
ese vicio perderá.

Don Beltran.

Si la vara no ha podido,
en tiempo que tierna ha sido,
enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto?

Letrado.

En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto;
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura,
hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan validas vemos
las escuelas del honor.

Don Beltran.

Casi me mueve á reir
ver cuán ignorante está
de la corte; ¿luego acá
no hay quien le enseñe á mentir?
En la corte, aunque haya sido
un extremo don García,
hay quien le dé cada día
mil mentiras de partido.
Y si aquí miente, el que está
en un puesto levantado
en cosa en que al engañado
la hacienda, ó honor le vá,
¿no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto

al reyno? Dejemos esto
 que me voy á maldiciente.
 Como el toro, á quien tiró
 la vara una diestra mano,
 arremete al mas cercano,
 sin mirar á quién hirió;
 así yo con el dolor
 que esta nueva me ha causado,
 en quien primero he encontrado
 egecuté mi furor.
 Créame, que si Garcia
 mi hacienda de amores ciego
 disipára, ó en el juego
 consumiera noche y dia;
 si fuera de ánimo inquieto
 y á pendencias inclinado;
 si mal se hubiera casado;
 si se muriera en efecto,
 no lo llevara tan mal,
 como que su falta sea
 mentir. ¡Qué cosa tan fea!
 ¡qué opuesta á mi natural!
 Ahora bien, lo que he de hacer
 es casarle brevemente,
 antes que este inconveniente
 conocido venga á ser.
 Yo quedo muy satisfecho
 de su buen celo y cuidado,
 y me confieso obligado
 del bien que en esto me ha hecho.
 ¿Cuando ha de partir?

Letrado.

Querría

luego.

Don Beltran.

¿No descansará
algun tiempo, y gozará
de la corte?

Letrado.

Dicha mia
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera.

Don Beltran.

Ya entiendo; volar quisiera,
porque va á mandar. A Dios.

Letrado.

Guarde os Dios. Dolor extraño
le dió al buen viejo la nueva;
al fin el mas sabio lleva
agriamente un desengaño.

ESCENA II.

EL TEATRO REPRESENTA LAS PLATERIAS.

Don Garcia, vestido de galan, y Tristan.

Don Garcia.

¿Díceme bien este trage?

Tristán.

Divinamente, señor.
¡O bien baya el inventor
de este holandesco follage!
¡Con un cuello apanalado
que fealdad no se enmendó!
Yo sé una dama, á quien dió
cierto amigo gran cuidado
mientras con cuello le via;
y una vez que llegó á verle
sin él, la obligó á perderle
cuanta aficion le tenia;
porque ciertos costurones

en la garganta cetrina
 publicaban la ruina
 de pasados lamparones:
 las narices le crecieron;
 mostró un gran palmo de oreja,
 y las quijadas, de vieja
 en lo enjuto parecieron.
 Al fin el galan quedó
 tan otro del que solia,
 que no le conoceria
 la madre que le parió.

Don García.

Por esa y otras razones
 me holgára de que saliera
 premática, que impidiera
 esos vanos cangilones.

Que demas de esos engaños,
 con su holanda el estrangero
 saca de España el dinero
 para nuestros propios daños.

Una baloncilla angosta,
 usandose, le estuviera
 bien al rostro, y se anduviera
 mas á gusto, á menos costa.

Y no que con tal cuidado
 sirve un galan á su cuello,
 que, por no descomponello,
 se obliga á andar empalado.

Tristan.

Yo sé quien tuvo ocasion
 de gozar su amada bella,
 y no osó llegarse á ella
 por no ajar un cangilon.
 Y esto me tiene confuso;
 todos dicen que se holgáran

de que valonas se usaran ,
y nadie comienza el uso.

Don García.

De gobernar nos dejemos
el mundo; ¿qué hay de mugeres?

Tristan.

¿El mundo dejas , y quieres
que la carne gobernemos?

¿Es mas fácil?

Don García.

Mas gustoso.

Tristan.

¿Eres tierno?

Don García.

Mozo soy.

Tristan.

Pues en lugar entras hoy ,
donde amor no vive ocioso.

Resplandecen damas bellas

en el cortesano suelo ,

de la suerte que en el cielo

brillan lucientes estrellas.

En el vicio y la virtud ,

y el estado hay diferencia ;

como es varia su influencia ,

resplandor y magnitud.

Las señoras no es mi intento

que en este número esten ;

que son ángeles , á quien

no se atreve el pensamiento.

Solo te diré de aquellas ,

que son con almas livianas ,

siendo divinas , humanas ;

corruptibles , siendo estrellas.

Bellas casadas verás ,

conversables y discretas,
que las llamo yo planetas,
porque resplandecen mas.

Estas, con la conjuncion
de maridos placenteros,
influyen en estrangeros
dadiyosa condicion.

Otras hay; cuyos maridos
á comisiones se van,
ó que en las Indias estan,
ó en Italia entretenidos.

No todas dicen verdad
en esto, que mil taimadas
suelen fingirse casadas,
por vivir con libertad.

Verás de cautas pasantes
hermosas recientes hijas;
estas son estrellas fijas.

y sus madres son errantes.

Hay una gran multitud
de señoras del tuson,
que entre cortesanas son
de la mayor magnitud.

Síguense tras las tusonas
otras, que serlo desean,
y aunque tan buenas no sean,
son mejores que busconas.

Estas son unas estrellas
que dan menor claridad;
mas en la necesidad
te habrás de alumbrar con ellas.

La buscona no la cuento
por estrella, que es cometa;
ni su luz es perfecta,
ni conocido su asiento.

Por las mañanas se ofrece
amenazando al dinero ,
y en cumpliendose el agüero
al punto desaparece.
Niñas salen que procuran
gozar todas ocasiones ;
estas son exalaciones
que mientras se queman , duran.
Pero que adviertas es bien ,
si en estas estrellas tocas ,
que son estables muy pocas ,
por mas que un Perú les den.
No ignores , pues yo no ignoro ,
que un signo el de Virgo es ,
y los de cuernos son tres ,
Aries , Capricornio y Toro :
y así , sin fiar en ellas ,
lleva un presupuesto solo ,
y es que el dinero es el polo
de todas estas estrellas.

Don García.

¿Eres astrólogo ?

Tristan.

Oí ,
el tiempo que pretendía ,
en palacio astrología.

Don García.

¿Luego has pretendido ?

Tristan.

Fui
pretendiente por mi mal.

Don García.

¿Cómo en servir has parado ?

Tristan.

Señor , porque me han faltado

la fortuna y el caudal;
aunque quien te sirve, en vano
por mejor suerte suspira.

Don García.

Deja lisonjas, y mira
el marfil de aquella mano,
el divino resplandor
de aquellos ojos, que juntas
despiden entre las puntas
flechas de muerte y amor.

Tristan.

¿Dices aquella señora
que va en el coche?

Don García.

¿Pues cual
merece alabanza igual?

Tristan.

¡Que bien encajaba agora
esto de coche del sol,
con todos sus adherentes
de rayos de fuego ardientes,
y deslumbrante arrebol!

Don García.

La primer dama que vi
en la corte, me agradó.

Tristan.

¿La primera en tierra?

Don García.

No,

la primera en cielo sí;
que es divina esta muger.

Tristan.

Por puntos las toparás
tan bellas, que no podrás
ser firme en un parecer.

Yo nunca he tenido aquí
 constante amor ni deseo;
 que siempre por la que veo
 me olvido de la que ví.

Don García.

¿Donde ha de haber resplandores
 que borren los de estos ojos?

Tristan.

Míraslos ya con antojos,
 que hacen las cosas mayores.

Don García.

¿Conoces, Tristan?

Tristan.

No humanes,
 lo que por divino adoras;
 porque tan altas señoras
 no tocan á los Tristanes.

Don García.

Pues yo al fin, quien fuere sea,
 la quiero, y he de servilla;
 tú puedes, Tristan, seguilla.

Tristan.

Detente, que ella se apea
 en la tienda.

Don García.

Llegar quiero.

¿Usase en la corte?

Tristan.

Si;

con la regla que te di,
 de que es el polo el dinero.

Don García.

Oro traigo.

Tristan.

Cierra, España,

que á César llevas contigo ;
 mas mira si en lo que digo
 mi pensamiento se engaña.
 Advierte, señor, si aquella
 que tras ella sale agora ,
 puede ser sol de su aurora ,
 ser aurora de su estrella.

Don García.

Hermosa es tambien.

Tristan.

Pues mira
 si la criada es peor.

Don García.

El coche es arco de amor ,
 y son flechas cuantas tira :
 yo llego.

Tristan.

A lo dicho advierte.

Don García.

¿Y es?

Tristan.

Que á la muger rogando ,
 y con el dinero dando.

Don García.

¿Consista en eso mi suerte!

Tristan.

Pues yo , mientras hablas , quiero
 que me haga relacion
 el cochero , de quien son.

Don García.

¿Dirálo?

Tristan.

Sí, que es cochero.

ESCENA III.

*Doña Jacinta, doña Lucrecia é Isabel con mantos.
Cae Jacinta, y llega don Garcia, y dale la mano.*

Jacinta.

¡Válgame Dios!

Don Garcia.

Esta mano

os servid de que os levante,
si merezco ser atlante
de un cielo tan soberano.

Doña Jacinta.

Atlante debeis de ser,
pues le llegais á tocar.

Don Garcia.

Una cosa es alcanzar
y otra cosa merecer.

¿Que vitoria es la beldad
alcanzar, por quien me abraso,
si es favor que debo al caso
y no á vuestra voluntad?
Con mi propia mano así
el cielo ¿mas que importó,
si ha sido porque él cayó
y no porque yo subí?

Doña Jacinta.

¿Para que fin se procura
merecer?

Don Garcia.

Para alcanzar.

Doña Jacinta.

Llegar al fin, sin pasar
por los medios, ¿no es ventura?

Don Garcia.

Sí.

Doña Jacinta.

¿Pues cómo estais quejoso
del bien que os ha sucedido,
si el no haberlo merecido
os hace mas venturoso?

Don García.

Porque como las acciones
del agravio y el favor
reciben todo el valor
solo de las intenciones;
por la mano que os toqué
no estoy yo favorecido,
si haberlo vos consentido
con esa intencion no fué.
Y así sentir me dejad,
que cuando tal dicha gano,
venga sin alma la mano
y el favor sin voluntad.

Doña Jacinta.

Si la vuestra no sabía,
de que agora me informais,
injustamente culpais
los defectos de la mia.

ESCENA IV.

Los dichos y Tristan.

Tristan.

El cochero hizo su oficio ; *ap.*
nuevas tengo de quien son.

Don García.

¿Qué, hasta aquí de mi aficion
nunca tuvistes indicio?

Doña Jacinta.

¿Cómo, si jamás os ví?

Don García.

¿Tampoco ha valido ¡ay Dios!
mas de un año, que por vos
he andado fuera de mí?

Tristan.

¡Un año, y ayer llegó *ap.*
á la corte!

Doña Jacinta.

Bueno á fé;
¿mas de un año? Juraré
que no os ví en mi vida yo.

Don García.

Cuando del indiano suelo
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que ví
fue la gloria de ese cielo;
y aunque os entregué al momento
el alma, habeislo ignorado;
porque ocasion me ha faltado
de deciros lo que siento.

Doña Jacinta.

¿Sois indiano?

Don García.

Y tales son
mis riquezas, pues os ví,
que al minado potosí
le quito la presuncion.

Tristan.

¡Indiano! *ap.*

Doña Jacinta.

¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?

Don García.

Al que mas avaro nace
hace el amor dadivoso.

Doña Jacinta.

¿Luego, si decis verdad,
preciosas ferias espero?

Don García.

Si es que ha de dar el dinero
crédito á la voluntad,
serán pequeños empleos,
para mostrar lo que adoro,
daros tantos mundos de oro
como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer
de esa divina beldad,
ni á mi inmensa voluntad
ha de igualar el poder;
por lo menos os servid
que esta tienda que os franqueo
dé señal de mi deseo.

Doña Jacinta.

No vi tal hombre en Madrid,
Lucrecia; ¿que te parece
del indiano liberal?

Doña Lucrecia.

Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.

Don García.

Las joyas que gusto os dan
tomad de este aparador.

Tristan.

Muchò te arrojas, señor.

Don García.

Estoy perdido, Tristan.

Isabel.

Don Juan viene.

Doña Jacinta.

Yo agradezco,
señor, lo que me ofreceis.

Don García.

Mirad que me agraviareis
sino lograis lo que ofrezco.

Doña Jacinta.

Yerran vuestros pensamientos,
caballero, en presumir
que puedo yo recibir
mas que los ofrecimientos.

Don García.

¿Pues que ha alcanzado de vos
el corazón que os he dado?

Doña Jacinta.

El haberos escuchado.

Don García.

Yo lo estimo.

Doña Jacinta.

A Dios.

Don García.

A Dios;

y para amaros, me dad
licencia.

Doña Jacinta.

Para querer

no pienso que ha menester
licencia la voluntad.

ESCENA V.

Don García y Tristan.

Don García.

Síguelas.

Tristan.

Si te fatigas ,
señor , por saber la casa
de la que en amor te abrasa ,
ya la sé.

Don García.

Pues no las sigas ;
que suele ser enfadosa
la diligencia importuna.

Tristan.

Doña Lucrecia de Luna
se llama la mas hermosa ,
que es mi dueño , y la otra dama
que acompañándola viene ,
sé donde la casa tiene ;
mas no sé como se llama :
esto respondió el cochero.

Don García.

Si es Lucrecia la mas bella
no hay mas que saber ; pues ella
es la que habló , y la que quiero ;
que como el autor del dia
las estrellas deja atras ,
de esa suerte á las demas
la que me cegó , vencia.

Tristan.

Pues á mi la que calló
me pareció mas hermosa.

Don García.

¡ Qué buen gusto !

Tristan.

Es cierta cosa ,
que no tengo voto yo :
mas soy tan aficionado
á cualquier muger que calla ,

que bastó , para juzgalla
mas hermosa , haber callado.
Mas dado , señor , que estés
errado tú , presto espero
preguntándole al cochero
la casa , saber quien es.

Don García.

¿ Y Lucrecia donde tiene
la suya ?

Tristan.

Que á la Vitoria
dijo , si tengo memoria.

Don García.

Siempre ese nombre conviene
á la esfera venturosa ,
que dá eclíptica á tal luna.

ESCENA VI.

*Dichos , y don Juan y don Felix , que salen por otro
lado.*

Don Juan.

¿ Música y cena ? ¡ Ah fortuna !

Don García.

¿ No es este don Juan de Sosa ?

Tristan.

El mismo.

Don Juan.

¿ Quien puede ser
el amante venturoso ,
que me tiene tan celoso ?

Don Felix.

Que lo vendreis á saber
á pocos lances confío.

Don Juan.

¡Que otro amante le haya dado,
á quien mia se ha nombrado,
música y cena en el rio!

Don García.

¿Don Juan de Sosa?

Don Juan.

¿Quién es?

Don García.

Ya olvidais á don García.

Don Juan.

Veros en Madrid lo hacia,
y el nuevo traje.

Don García.

Despues
que en Salamanca me vistes
muy otro debo de estar.

Don Juan.

Mas galan sois de seglar
que de estudiante lo fuistes.
¿Venís á Madrid de asiento?

Don García.

Sí.

Don Juan.

Bien venido seais.

Don García.

Vos, don Feliz, ¿cómo estais?

Don. Feliz.

De veros, por Dios, contento:
vengais bueno enorabuena.

Don García.

Para serviros. ¿Qué haceis?
¿De qué hablais? ¿En qué entendéis?

Don Juan.

De cierta música y cena

que en el río dió un galán
esta noche á una señora,
era la plática agora.

Don García.

¡Música y cena, don Juan!

¡Y anoche?

Don Juan.

Sí.

Don García.

¿Mucha cosa?

¿Grande fiesta?

Don Juan.

Así es la fama,

Don García.

¿Y muy hermosa la dama?

Don Juan.

Dicenme que es muy hermosa.

Don García.

Bien.

Don Juan.

¿Qué misterios haceis?

Don García.

De que alabeis por tan buena
esa dama y esa cena;
si no que alabando esteis
mi fiesta y mi dama así.

Don Juan.

¿Pues tuvistes tambien boda
anoche en el río?

Don García.

Toda
en eso la consumí.

Tristan.

¿Qué fiesta ó qué dama es esta, *ap.*
si á la corte llegó ayer?

Don Juan.

¿Ya teneis á quien hacer
tan recien venido fiesta?
Presto el amor dió con vos.

Don García.

No ha tan poco que he llegado,
que un mes no haya descansado.

Tristan.

Ayer llegó, voto á Dios; *ap.*
él lleva alguna intencion.

Don Juan.

No lo he sabido á fé mia:
que al punto acudido habria
á cumplir mi obligacion.

Don García.

He estado hasta aquí secreto.

Don Juan.

Esa la causa habrá sido
de no haberlo yo sabido.
¿Pero la fiesta, en efeto,
fué famosa?

Don García.

Por ventura
no la vió mejor el rio.

Don Juan.

Ya de zelos desvarío. *ap.*
¿Quién duda que la espesura
del Sotillo el sitio os dió?

Don García.

Tales señas me vais dando,
don Juan, que voy sospechando
que la sabeis como yo.

Don Juan.

No estoy del todo ignorante,
aunque todo no lo sé;

dijeronme no sé que
 confusamente, bastante
 á tenerme deseoso
 de escucharos la verdad;
 forzosa curiosidad
 en un cortesano ocioso:
 ó en un amante con celos. *ap.*

Don Felix. (1)

Advertid, cuan sin pensar
 os han venido á mostrar
 vuestro contrario, los cielos.

Don García.

Pues á la fiesta atended:
 contaréla, ya que veo
 que os fatiga ese deseo.

Don Juan.

Haréisnos mucha merced.

Don García.

Entre las opacas sombras
 y opacidades espesas,
 que el soto formaba de olmos
 y la noche de tinieblas,
 se ocultaba una cuadrada,
 limpia y olorosa mesa,
 á lo italiano curiosa
 á lo español opulenta.
 En mil figuras prensados
 manteles y servilletas,
 solo envidiaban las almas
 á las aves y á las fieras.
 Cuatro aparadores puestos
 en cuadra correspondencia,
 la plata blanca y dorada,

(1) *A don Juan aparte.*

vidrios y barroos ostentan.
 Quedó con ramas un olmo
 en todo el sotillo apenas,
 que de ellas se edificaron
 en varias partes seis tiendas.
 Cuatro coros diferentes
 ocultan las cuatro de ellas,
 otra principios y postres,
 y las viandas la sesta.
 Llegó en su coche mi dueño,
 dando envidia á las estrellas,
 á los aires suavidad,
 y alegría á la ribera.
 Apenas el pie que adoro
 hizo esmeraldas la yerba,
 hizo cristal la corriente,
 las arenas hizo perlas;
 cuando en copia disparados
 cohetes, bombas y ruedas,
 toda la region del fuego
 bajó en un punto á la tierra.
 Aun no las sulfureas luces
 se acabaron, cuando empiezan
 las de veinte y cuatro antorchas
 á oscurecer las estrellas.
 Empezó primero el coro
 de chírimías, tras ellas
 el de las vihuelas de arco;
 sonó en la segunda tienda:
 salieron con suavidad
 las flautas de la tercera,
 y en la cuarta cuatro voces
 con guitarras y arpas suenan.
 Entretanto se sirvieron
 treinta y dos platos de cena,

sin los principios y postres
que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
en fuentes y tazas, hechas
del cristal que dá el invierno,
y el artificio conserva,
de tanta nieve se cubren,
que manzanares sospecha,
cuando por el soto pasa,
que camina por la sierra.
El olfato no está ocioso
cuando el gusto se recrea,
que de espíritus suaves,
de pomos y cazoletas,
y destilados sudores
de aromas, flores y yerbas,
en el soto de Madrid
se vió la region Sabea.
En un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
que mostrasen á mi dueño
su crueldad y mi firmeza,
al sauce, al junco y al mimbre
quitaron su preheminencia;
que han de ser oro las pajas,
cuando los dientes son perlas.
En esto juntos en folla
los cuatro coros comienzan,
desde conformes distancias,
á suspender las esferas:
tanto que envidioso apolo
apresuró su carrera;
porque el principio del día
pusiese fin á la fiesta.

Don Juan.

Por Dios que la habeis pintado
de colores tan perfectas,
que no trocára el oírla
por haberme hallado en ella.

Tristan.

¡Válgate el diablo por hombre, *ap.*
que tan de repente pueda
pintar un convite tal,
que á la verdad misma venza!

Don Juan. (1)

¡Rabio de celos!

Don Felix.

No os dieron
del convite tales señas.

Don Juan.

¿Qué importa, si en la sustancia
el tiempo y lugar concuerdan?

Don García.

¿Qué decis?

Don Juan

Que fue el festin
mas célebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.

Don García.

¡Oh! son niñerías estas
ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera
para prevenirme, un dia;
que á las romanas y griegas
fiestas, que al mundo admiraron,
nueva admiracion pusiera. (2)

(1) *Aparte á don Felix.*

(2) *Mira adentro.*

Don Felix.

Jacinta es la del estribo (1)
en el coche de Lucrecia.

Don Juan. (2)

Los ojos á don García
se le van, por Dios, tras ella.

Don Felix.

Inquieto está y divertido.

Don Juan.

Ciertas son ya mis sospechas.

Don Juan y don García.

A Dios.

Don Felix.

Entrambos á un punto
fuistes á una cosa mesma.

ESCENA VII.

Dichos menos don Juan y don Felix.

Tristan.

No vi jamás despedida *ap.*
tan conforme, y tan resuelta.

Don García.

Aquel cielo, primer móvil
de mis acciones, me lleva
arrebataado tras sí.

Tristan.

Disimula y ten paciencia,
que el mostrarse muy amante
antes daña que aprovecha:
y siempre he visto que son
venturosas las tibiezas.

(1) *A don Juan aparte.*

(2) *A don Felix aparte.*

Los mugeres y los diablos
 caminan por una senda,
 que á las almas rematadas
 ni las siguen ni las tientan;
 que el tenellas ya seguras
 les hace olvidase de ellas,
 y solo de las que pueden
 escapárseles, se acuerdan.

Don Garcia.

Es verdad; mas no soy dueño
 de mí mismo.

Tristan.

Hasta que sepas
 estensamente su estado,
 no te entregues tan de veras;
 que suele dar quien se arroja,
 creyendo las apáriencias,
 en un pantano cubierto
 de verde engañosa yerba.

Don Garcia.

Pues hoy te informa de todo.

Tristan.

Eso queda por mi cuenta;
 y agora, antes que rebiente,
 dime por Dios, ¿qué fin llevas
 en las ficciones que he oído?
 Siquiera para que pueda
 ayudarte, que cogernos
 en mentira será afrenta:
 perulero te fingiste
 con las damas.

Don Garcia.

Cosa es cierta,
 Tristan, que los forasteros
 tienen mas dicha con ellas;

y mas si son de las Indias ,
informacion de riqueza.

Tristan.

Ese fin está entendido :
mas pienso que el medio yerras ,
pues han de saber al fin
quien eres.

Don García.

Cuando lo sepan
habré ganado en su casa ,
ó en su pecho ya las puertas
con este medio ; y despues
yo me entenderé con ellas.

Tristan.

Digo que me has convencido ,
señor ; mas agora venga
lo de haber un mes que estás
en la córte ; ¿ que fin llevas
habiendo llegado ayer ?

Don García.

Ya sabes tú que es grandeza
esto de estar encubierto ,
ó retirado en su aldea ,
ó en su casa descansando.

Tristan.

Vaya muy enhorabuena ;
lo del convite entra agora.

Don García.

Fingílo , porque me pesa
que piense nadie que hay cosa
que mover mi pecho pueda
á envidia , ó admiracion ,
pasiones que al hombre afrentan :
que admirarse es ignorancia ,
como envidiar es bajeza.

Tú no sabes, á que sabe,
 cuando llega un porta-nuevas
 muy orgulloso á contar
 una hazaña, ó una fiesta,
 taparle la boca yo
 con otra tal, que se vuelva
 con sus nuevas en el cuerpo,
 y que reviente cen ellas.

Tristan.

Caprichosa prevencion,
 si bien peligrosa treta;
 la fábula de la corte
 serás, si la flor te entrevanan.

Don García.

Quién vive sin ser sentido,
 quien solo el número aumenta
 y hace lo que todos hacen
 ¿en que difiere de bestia?
 Ser famosos es grande cosa,
 el medio cual fuere sea;
 nombrenme á mí en todas partes,
 y murmúrenme si quiera;
 pues uno, por ganar nombre
 abrasó el templo de Efesia:
 y al fin es este mi gusto,
 que es la razon de mas fuerza.

Tristan.

Juveniles opiniones
 sigue tu ambiciosa idea,
 y cerrar has menester
 en la corte la mollera.

ESCENA VIII.

HABITACION DE DOÑA JACINTA EN CASA DE DON
SANCHO.

Doña Jacinta é Isabel con mantos, y don Beltran y don Sancho.

Doña Jacinta.

¿Tan grande merced?

Don Beltran.

No ha sido amistad de solo un dia la que esta casa, y la mia, si os acordais, se han tenido; y así no es bien que estrañeis mi visita.

Doña Jacinta.

Sí me espanto es, señor, por haber tanto que merced no nos haceis. Perdonadme, que ignorando el bien que en casa tenia, me tardé en la plateria, ciertas joyas concertando.

Don Beltran.

Feliz pronóstico dais al pensamiento que tengo, pues cuándo á casaros vengo comprando joyas estais. Con don Sancho vuestro tio tengo tratado, señora, hacer parentesco agora nuestra amistad; y confio, puesto que como discreto dice don Sancho que es justo

remitiese á vuestro gusto,
 que esto ha de tener efecto.
 Que pues es la hacienda mia
 y calidad tan patente,
 solo falta que os contente
 la persona de García,
 y aunque ayer á Madrid vino
 de Salamanca el mancebo,
 y de envidia el rubio Febo
 le ha abrasado en el camino,
 bien me atreveré á ponello
 ante vuestros ojos claros,
 fiando que ha de agradaros
 desde la planta al cabello;
 si licencia le otorgais
 para que os bese la mano.

Doña Jacinta.

Encarecer lo que gano
 en la mano que me dais,
 si es notorio, es vano intento;
 que estimo de tal manera
 las prendas vuestras, que diera
 luego mi consentimiento,
 á no haber de parecer,
 por mucho que en ello gano,
 arrojamiento liviano
 en una honrada muger;
 que el breve determinarse
 en cosas de tanto peso,
 ó es tener muy poco seso,
 ó gran gana de casarse.
 Y en cuanto á que yo lo vea,
 me parece si os agrada,
 que para no arriesgar nada,
 pasando la calle sea.

Que si como puede ser,
y sucede á cada paso,
despues de tratarlo , acaso
se viniese á deshacer ;
¿ de qué me hubiera servido ,
ó que opinion me darán
las visitas de un galan
con licencias de marido ?

Don Beltran.

Ya por vuestra gran cordura ,
si es mi hijo vuestro esposo ,
le tendré por tan dichoso ,
como por vuestra hermosura.

Don Sancho.

De prudencia puede ser
un espejo , la que oísi.

Don Beltran.

No sin causa os remitis ,
don Sancho , á su parecer ;
Esta tarde con García
á caballo pasaré
vuestra calle.

Doña Jacinta.

Yo estaré
detrás de esa celosía.

Don Beltran.

Que le mireis bien os pido ;
que esta noche he de volver ,
Jacinta hermosa , á saber
como os haya parecido.

Doña Jacinta.

¿ Tan apriesa ?

Don Beltran.

Este cuidado
no admireis , que es ya forzoso ;

pues si vine deseoso,
vuelvo agora enamorado;
y á Dios.

Doña Jacinta.

A Dios.

Don Beltran.

¿Dónde vais?

Don Sancho.

A serviros.

Don Beltran.

No saldré.

Don Sancho.

Al corredor llegaré
con vos, si licencia dais.

ESCENA IX.

Doña Jacinta è Isabel.

Isabel.

Mucha prisa te dá el viejo.

Doña Jacinta.

Yo se la diera mayor,
pues tambien le está á mi honor;
si á diferente consejo

no me obligára el amor;

que aunque los impedimentos

del hábito de don Juan,

dueño de mis pensamientos,

forzosa causa me dán

de admitir otros intentos,

como su amor no despido,

por mucho que lo deseo,

que vive en el alma asido;

tiemblo, Isabel, cuando creo

que otro ha de ser mi marido.

Isabel.

Yo pensé que ya olvidabas
á don Juan, viendo que dabas
lugar á otras pretensiones.

Doña Jacinta.

Cáusanlo estas ocasiones,
Isabel; no te engañabas,
que como ha tanto que está
el hábito detenido,
y no ha de ser mi marido
si no sale, tengo ya
este intento por perdido.
Y así para no morirme,
quiero hablar y divertirme,
pues en vano me atormento;
que en un imposible intento
no apruebo el morir de firme.
Por ventura encontraré
alguno tal, que merezca
que mano y alma le dé.

Isabel.

No dudo que el tiempo ofrezca
sugeto digno á tu fé;
y si no me engaño yo,
hoy no te desagradó
el galan indiano.

Doña Jacinta.

¿Amiga,
quieres que verdad te diga?
Pues muy bien me pareció,
y tanto que te prometo
que si fuera tan discreto,
tan gentil hombre y galan
el hijo de don Beltran,
tuviera la boda efeto.

Isabel.

Esta tarde le verás
con su padre por la calle.

Doña Jacinta

Veré solo el rostro y talle:
el alma, que importa mas,
quisiera ver con hablalle.

Isabel.

Háblale.

Doña Jacinta.

Hase de ofender
don Juan, si llega á sabello,
y no quiero, hasta saber
que de otro dueño he de ser,
determinarme á perdello.

Isabel.

Pues dá algun medio, y advierte
que siglos pasas en vano,
y conviene resolverte;
que don Juan es de esta suerte
el perro del hortelano.
Sin que lo sepa don Juan,
podrás hablar, si tu quieres,
al hijo de don Beltran;
que, como en su centro, están
las trazas en las mugeres.

Doña Jacinta.

Una pienso, que podria
en este caso importar;
Lucrecia es amiga mia,
ella puede hacer llamar
de su parte á don García;
que como secreta esté
yo con ella en su ventana,
este fin conseguiré.

Isabel.

Industria tan soberana
solo de tu ingenio fué.

Doña Jacinta.

Pues parte al punto, y mi intento
le dí á Lucrecia, Isabel.

Isabel.

Sus alas tomaré al viento.

Doña Jacinta.

La dilacion de un momento
le dí, que es un siglo en él.

ESCENA X.

Dichos y don Juan, que encuentra á Isabel al salir.

Don Juan.

¿Puedo hablar á tu señora?

Isabel.

Solo un momento ha de ser;
que de salir á comer
mi señor don Sancho es hora. *vase.*

Don Juan.

Ya, Jacinta, que te pierdo,
ya que yo me pierdo, ya.....

Doña Jacinta.

¿Estás loco?

Don Juan.

¿Quién podrá
estar con tus cosas cuerdo?

Doña Jacinta.

Reportate, y habla paso,
que está en la cuadra mi tío,

Don Juan.

¿Cuándo á cenar vas al río,

cómo haces de él poco caso?

Doña Jacinta.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

Don Juan.

Cuando para trasnochar

con otro tienes lugar,

¿tienes tío para mí?

Doña Jacinta.

¿Trasnochar con otro? Advierte

que aunque eso fuese verdad,

era mucha libertad

hablarme á mí de eso suerte:

cuanto mas que es desvarío

de tu loca fantasía.

Don Juan.

Ya sé que fué don García

el de la fiesta del río;

yá los fuegos, que á tu coche,

Jacinta, la salva hicieron,

ya las antorchas, que dieron

sol al soto á medía noche;

ya los cuatro aparadores,

con bajillas variadas;

las cuatro tiendas pobladas

de instrumentos y cantores.

Todo lo sé, y sé que el día

te halló, enemiga, en el río;

dí agora que es desvarío

de mi loca fantasía.

Dí agora que es libertad

el tratarte de esta suerte,

cuando obligan á ofenderte

mi agravio y tu liviandad.

Doña Jacinta.

¡Plega á Dios...!

Don Juan.

Deja invenciones ,
 calla , no me digas nada ,
 que en ofensa averiguada
 no sirven satisfacciones.
 Ya , falsa , ya sé mi daño ,
 no niegues que te he perdido ;
 tu mudanza me ha ofendido ,
 no me ofende el desengaño.
 Y aunque niegues lo que oí ,
 lo que ví confesarás ;
 que hoy lo que negando estás ,
 en sus mismos ojos ví.
 ¿ Y su padre qué queria
 agora aquí ? ¿ Qué te dijo ?
 ¿ De noche estás con el hijo ,
 y con el padre de dia ?
 Yo lo ví , ya mi esperanza
 en vano engañar dispones ;
 ya sé que tus dilaciones
 son hijas de tu mudanza.
 Mas , cruel , viven los cielos ,
 que no has de vivir contenta ;
 abrástate , pues rebienta
 este volcan de mis zelos.
 El que me hace desdichado ,
 te pierda , pues yo te pierdo.

Doña Jacinta.

¿ Tú eres cuerdo ?

Don Juan.

¿ Cómo cuerdo ;
 amante y desesperado ?

Doña Jacinta.

Vuelve , escucha , que si vale
 la verdad , presto verás

cuan mal informado estás.

Don Juan.

Voime, que tu tío sale.

Doña Jacinta.

No sale; escucha, que fio
satisfacerte.

Don Juan.

Es en vano,

si aquí no me dás la mano.

Doña Jacinta.

¿La mano? Sale mi tío.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA.

Don García en cuerpo leyendo un papel, Tristan y Camino.

Don García.

La fuerza de una ocasion me hace esceder del orden de mi estado. Sabrála usted esta noche por un balcon que le enseñará el portador, con lo demas que no es para escrito; y guarde nuestro Señor, &c.

¿Quién este papel me escribe?

Camino.

Doña Lucrecia de Luna.

Don García.

El alma sin duda alguna que dentro en mi pecho vive.

¿No es esta una dama hermosa, que hoy antes de medio dia estaba en la platería?

Camino.

Si señor.

Don García.

¡Suerte dichosa!

Informadme, por mi vida, de las partes de esta dama.

Camino.

Mucho admiro que su fama esté de vos escondida;

porque la habeis visto, de-
 de encarecer que es hermosa,
 es discreta y virtuosa :
 su padre es viudo y es viejo :
 dos mil ducados de renta
 los que ha de heredar, serán
 bien hechos.

Don García.

¿Oyes, Tristan?

Tristan.

Oigo, y no me descontenta.

Camino.

En cuanto á ser principal,
 no hay que hablar; Luna es su padre,
 y fue Mendoza su madre,
 tan finos como un coral.

Doña Lucrecia, en efeto,
 merece un Rey por marido.

Don García.

¡Amor, tus alas te pido
 para tan alto sugeto!

¿Donde vive?

Camino.

A la Vitoria.

Don García.

Cierto es mi bien. Que sereis,
 dice aquí, quien me guieis
 al cielo de tanta gloria.

Camino.

Serviros pienso á los dos.

Don García.

Y yo lo agradeceré.

Camino.

Esta noche volveré
 en dando las diez, por vos.

Don García.

Eso le dad por respuesta
á Lucrecia.

Caminó.

A Dios quedad.

ESCENA II.

Don García y Tristan.

Don García.

¡Cielos, qué felicidad,
amor, qué ventura es esta?
¡Vés, Tristan, cómo llamó
la mas hermosa el cochero
á Lucrecia, á quien yo quiero?
que es cierto que quien me habló
es la que el papel me envia.

Tristan.

Evidente persuacion.

Don García.

¿Que la otra ¿qué ocasion
para escribirme tenia?

Tristan.

Y á todo mi suceder,
presto de dudas saldrás;
que esta noche la podrás
en la habla conocer.

Don García.

Y que no me engañe es cierto,
segun dejó en mi sentido
impreso el dulce sonido
de la voz con que me ha muerto.

ESCENA III.

Dichos, y un page que dá un papel á don García.

Page.

Este, señor don García,
es para vos.

Don García.

No esté así.

Page.

Criado vuestro nací,

Don García.

Cúbrase, por vida mia.

Lee á solas.

"Averiguar cierta cosa
importante á solas quiero
con vos: á las siete espero
en San Blas. Don Juan de Sosa."
¡Válgame Dios! desafío. *ap.*
¿Qué causa puede tener
don Juan, si yo vine ayer,
y él es tan amigo mio?
Decid al señor don Juan
que esto será así.

ESCENA VI.

Don García y Tristan.

Tristan.

Señor

mudado estás de color;

¿qué ha sido?

Don García.

Nada Tristan.

Tristan.

¿No puedo saberlo?

Don García.

No.

Tristan.

Sin duda es cosa pesada.

Don García.

Dame la capa y espada.

¿Qué causa le he dado yo? *ap.*

ESCENA V.

Don García y don Beltran;

Don Beltran.

¿García?

Don García.

¿Señor?

Don Beltran.

Los dos

á caballo hemos de andar
juntos hoy, que he de tratar
cierto negocio con vos.

Don García.

¿Mandas otra cosa?

ESCENA VI.

Dichos y Tristan, que dá de vestir ó don García.

Don Beltran.

¿A dónde

vais cuando el sol echa fuego?

Don García.

Aquí á los trucos me llevo
de nuestro vecino el conde.

Don Beltran.

No apruebo que os arrojéis,
siendo venido de ayer,

á daros á conocer
 á mil que no conoecéis.
 Sino es que dos condiciones
 guardeis con mucho cuidado;
 y son, que jugueis contado;
 y hableis contadas razones:
 puesto que mi parecer
 es este, haced vuestro gusto.

Don García.

Seguir tu consejo es justo.

Don Beltran:

Haced que á vuestro placer
 aderezo se prevenga
 á un caballo para vos.

Don García.

A ordenallo voy.

ESCENA VII.

Don Beltran y Tristan:

Don Beltran.

A Dios.

¡Que tan sin gusto me tenga *ap.*
 lo que su ayo me dijo!

¿Has andado con García,
 Tristan?

Tristan.

Señor, todo el día.

Don Beltran.

Sin mirár en qué es mi hijo,
 si es que el ánimo fiel,
 que siempre en tu pecho he hallado
 agora no te ha faltado,
 me di lo que sientes de él.

Tristan.

¿Qué puedo yo haber sentido
en un término tan breve?

Don Beltran.

Tu lengua es, quien no se atreve;
que el tiempo bastante ha sido,
y mas á tu entendimiento:
dímelo por vida mia
sin lisonja.

Tristan.

Don García,
mi señor, á lo que siento,
que he de decirte verdad,
pues que tu vida has jurado...

Don Beltran.

De esa suerte has obligado
siempre á tí mi voluntad.

Tristan.

Tiene un ingenio excelente
con pensamientos sutiles;
mas caprichos juveniles,
con arrogancia imprudente.
De Salamanca reboza
la leche, y tiene en los labios
los contagiosos resabios
de aquella caterva moza.
Aquel hablar arrojado,
mentir sin recato y modo,
aquel jactarse de todo,
y hacerse en todo estremado.
Hoy en término de un hora
echó cinco ó seis mentiras.

Don Beltran.

¡ Válgame Dios !

Tristan.

¿Qué te admiras?

Pues lo peor falta agora;
que son tales, que podrá
cogerle en ellas cualquiera.

Don Beltran.

A Dios.

Tristan.

Yo no te digera
lo que tal pena te dá,
á no ser de tí forzado.

Don Beltran.

Tu fe conozco, y tu amor.

Tristan.

A tu prudencia, señor,
advertir será escusado
el riesgo que correr puedo,
si esto sabe don García,
mi señor.

Don Beltran.

De mí confía;
pierde, Tristan, todo el miedo.
Manda luego aderezar (1)
los caballos. Santo Dios,
pues esto permitis vos,
esto debe de importar.
¿A un hijo solo, á un consuelo
que en la tierra le quedó
á mi vejez triste, dió
tan gran contrapeso el cielo?
Ahora bien, siempre tuvieron
los padres disgustos tales;
siempre vieron muchos males,

(1) *Vase Tristan.*

los que mucha edad vivieron.
 Paciencia ; hoy he de acabar ,
 si puedo , su casamiento :
 con la brevedad intento
 este daño remediar ;
 antes que su liviandad ,
 en la corte conocida ,
 los casamientos le impida
 que pide su calidad.
 Por dicha , con el cuidado
 que tal estado acarrea ,
 de una costumbre tan fea
 se vendrá á ver enmendado ;
 que es vano pensar que son ,
 el reñir y aconsejar ,
 bastantes para quitar
 una fuerte inclinación. (1)

Tristan.

Ya los caballos estan ,
 viendo que salir procuras ,
 probando las herraduras
 en las guijas del zaguan ;
 porque con las esperanzas
 de tan gran fiesta , el overo
 á solas está primero
 ensayando sus mudanzas :
 y el bayo , que ser procura
 émulo al dueño que lleva ,
 estudia con alma nueva
 movimiento y compostura.

Don Beltran.

Avisa , pues , á García.

(1) *Sale Tristan.*

Tristan.

Ya te espera tan galan,
que en la corte pensarán
que á estas horas sale el dia.

ESCENA VIII.

HABITACION DE DOÑA JACINTA.

Doña Jacinta é Isabel.

Isabel.

La pluma tomó al momento
Lucrecia, en ejecucion
de tu agudo pensamiento,
y esta noche en su balcon
para tratar cierto intento
le escribió que aguardaria;
para que puedas en él
platicar con don Garcia.
Camino llevó el papel,
persona de quién se fia.

Doña Jacinta.

Mucho Lucrecia me obliga.

Isabel.

Muestra en cualquier ocasion
ser tu verdadera amiga.

Doña Jacinta.

¿Es tarde?

Isabel.

Las cinco son.

Doña Jacinta.

Aun durmiendo me fatiga
la memoria de don Juan,
que esta siesta le he soñado
celoso de otro galan.

Miran adentro.

Isabel.

¡Ay, Señora, don Beltran,
y el perulero á su lado!

Doña Jacinta.

¿Qué dices?

Isabel.

Digo, que aquel
que hoy te habló en la platería
viene á caballo con él;
mírale.

Doña Jacinta.

Por vida mia,
que dices verdad, que es él;
¿Hay tal? ¿Cómo el embustero
se nos fingió perulero,
si es hijo de don Beltran!

Isabel.

Los que intentan, siempre dan
gran presuncion al dinero,
y con ese medio hallar
entrada en tu pecho quiso;
que debió de imaginar
que aquí le ha de aprovechar
mas ser Midas, que Narciso.

Doña Jacinta.

En decir que ha que me vió
un año, tambien mintió;
porque don Beltran me dijo,
que ayer á Madrid su hijo
de Salamanca llegó.

Isabel.

Si bien lo miras, señora,
todo verdad puede ser;
que entonces te pudo ver,
irse de Madrid, y agora

de Salamanca volver;
 y cuando no, ¿qué te admira
 que quien á obligar aspira
 prendas de tanto valor,
 para acreditar su amor
 se valga de una mentira?
 Demas, que tengo por llano,
 sino miente mi sospecha,
 que no lo encarece en vano,
 que hablarte hoy su padre, es flecha
 que ha salido de su mano.
 No ha sido, señora mia,
 acaso, que el mismo dia
 que el te vió, y mostró quererte,
 venga su padre á ofrecerte
 por esposo á don García.

Doña Jacinta.

Dices bien; mas imagino
 que el término, que pasó
 desde que el hijo me habló
 hasta que su padre vino,
 fué muy breve.

Isabel.

El conoció
 quien eres; encontraría
 su padre en la platería;
 hablóle, y él, que no ignora
 tus calidades, y adora
 justamente á don García,
 vino á tratarlo al momento.

Doña Jacinta.

Al fin, como fuere sea;
 de sus partes me contento,
 quiere el padre, él me desea,
 dá por hecho el casamiento.

ESCENA IX.

PASEO DE ATOCHA.

Don Beltran y don García.

Don Beltran.

¿Qué os parece?

Don García.

Que animal
no vi mejor en mi vida.

Don Beltran.

¡Linda bestia!

Don García.

Corregida
de espíritu racional;
¡qué contento y bizarría?

Don Beltran.

Vuestro hermano don Gabriel,
que perdone Dios, en él
todo su gusto tenia.

Don García.

Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara tu voluntad.

Don Beltran.

Mi pena direis mejor.

¿Sois caballero, García?

Don García.

Téngome por hijo vuestro.

Don Beltran.

¿Y basta ser hijo mio
para ser vos caballero?

Don García.

Yo pienso, señor, que sí.

Don Beltran.

¡Qué engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
como caballero, el serlo;
¿Quién dió principio á las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores;
sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos:
luego en obrar mal ó bien,
está el ser malo, ó ser bueno.
¿Es así?

Don García.

Que las hazañas
dén nobleza; no lo niego:
mas no negueis, que sin ellas
tambien la dá el nacimiento.

Don Beltran.

Pues si honor puede ganar,
quien nació sin él; ¿no es cierto
que por el contrario puede,
¿quien con él nació, perdello?

Don García.

Es verdad.

Don Beltran.

Luego, si vos
obrais afrentosos hechos,
aunque seais hijo mio,
dejais de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas;
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es, que la fama

diga á mis oídos mismos
 que á Salamanca admiraron
 vuestras mentiras y enredos?
 ¡Qué caballero, y que nada!
 Si afrenta al noble y plebeyo,
 solo el decirle que miente,
 decid, ¿qué será el hacerlo,
 si vivo sin honra yo,
 según los humanos fueros,
 mientras de aquel que me dijo
 que mentía, no me vengo?
 Tan larga teneis la espada,
 tan duro teneis el pecho,
 que penseis poder vengaros
 diciendolo todo el pueblo?
 ¿Posible es que tenga un hombre
 tan humildes pensamientos,
 que viva sugeto al vicio
 mas sin gusto y sin provecho?
 El deleite natural
 tiene é los lascivos presos;
 obliga á los codiciosos
 el poder que dá el dinero,
 el gusto de los manjares
 al gloton, el pasatiempo
 y el cebo de la ganancia
 á los que cursan el juego;
 su venganza al homicida,
 al robador su remedio,
 la fama y la presuncion
 al que es por la espada inquieto;
 todos los vicios al fin
 ó dán gusto ó dán provecho;
 mas ¿de mentir, qué se saca
 sino infamia y menosprecio?

Don García.

Quien dice que miento yo ,
ha mentido.

Don Beltran.

Tambien eso ,
es mentir ; que aun desmentir
no sabeis , sino mintiendo.

Don García.

Pues si dais en no creerme.

Don Beltran.

¿ No seré necio si creo
que vos decís verdad solo ,
y miente el lugar entero ?
Lo que importa es desmentir
esta fama con los hechos ,
pensar que este es otro mundo ,
hablar poco y verdadero ;
mirad que estais á la vista
de un Rey tan santo y perfeto ,
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros ;
que tratais aquí con grandes ,
titulos y caballeros ,
que si os saben la flaqueza
os perderán el respeto ;
que teneis barba en el rostro ,
que al lado ceñís acero ,
que naciste noble al fin ,
y que yo soy padre vuestro ,
y no he de deciros mas ;
que esta sofrenada espero
que baste , para quien tiene
calidad y entendimiento.
Y agora porque entendais
que en vuestro bien me desvelo ,

sabed qae os tengo , Garcia,
tratado un gran casamiento.

Don Garcia.

¡ Ay mi Lucrecia ! *ap.*

Don Beltran.

Jamás
pusieron , hijo , los cielos
tantas , tan divinas partes
en un humano sugeto ,
como en Jacinta , la hija
de don Fernando Pacheco ,
de quien mi vejéz pretende
tener regalados nietos.

Don Garcia.

¡ Ay Lucrecia , si es posible *ap.*
tú sola has de ser mi dueño !

Don Beltran.

¿ Qué es esto ? ¿ No respondeis ?

Don Garcia.

¡ Tuyo he de ser , vive el cielo ! *ap.*

Don Beltran.

¿ Qué os entristeceis ? Hablad ,
no me tengais mas suspenso.

Don Garcia.

Entristézcome , porque es
imposible obedeceros.

Don Beltran.

¿ Por qué ?

Don Garcia.

Porque soy casado.

Don Beltran.

¿ Casado ? ¿ Cielos , qué es esto !

¿ Cómo sin saberlo yo ?

Don Garcia.

Fué fuerza , y está secreto.

Don Beltran.

¡ Hay padre mas desdichado !

Don Garcia.

No os aflijais , que en sabiendo
la causa , señor , tendreis
por venturoso el efeto.

Don Beltran.

Acabad , pues ; que mi vida
pende solo de un cabello.

Don Garcia.

Agora os he menester , *ap.*
sutilezas de mi ingenio.

En Salamanca , señor ,
hay un caballero noble

de quien es la alcuña Herrera
y don Pedro el propio nombre :

á este dió el cielo otro cielo
por hija , pues con dos soles
sus dos purpúreas megillas
hace claros horizontes.

Abrevio , por ir al caso ,
con decir que cuantas dotes
pudo dar naturaleza ,
en tierna edad la componen.

Mas la enemiga fortuna
observante en su desorden ,

á sus méritos opuesta ,
de sus bienes la hizo pobre ;

que demas de que su casa
no es tan rica como noble ,

al mayorazgo nacieron
antes que ella dos varones.

A esta , pues , saliendo al rio
la ví una tarde en su coche

que juzgara el de Facton

si fuese Erídano el Tormes.
 No sé quien los atributos
 del fuego en Cupido pone,
 que yo de un súbito yelo
 me sentí ocupar entonces.
 ¿Qué tienen que ver del fuego
 las inquietudes y ardores,
 con quedar absorta un alma,
 con quedar un cuerpo inmovil?
 Caso fué verla forzoso,
 viéndola cegar de amores;
 pues abrasado seguirla,
 juzguelo un pecho de bronce.
 Pasé su calle de día,
 rondé su calle de noche,
 con terceros y papeles
 le encarecí mis pasiones,
 hasta que al fin condolida
 ó enamorada responde;
 porque tambien tiene amor
 jurisdiccion en los dioses.
 Fuí crecentando finezas
 y ella aumentando favores,
 hasta ponerme en el cielo
 de su aposento una noche,
 Y cuando solicitaban
 el fin de mi pena enorme,
 conquistando honestidades,
 mis ardientes pretensiones;
 siento que su padre viene
 á su aposento: llamóle,
 porque jamas tal hacia,
 mi fortuna aquella noche.
 Ella turbada, animosa,
 muger al fin, á empellones

mi casi difunto cuerpo
detrás de su lecho esconde.
Llegó don Pedro, y su hija
fingiendo gusto, abrazóle
por negarle el rostro, en tanto
que cobraba sus colores:
asentáronse los dos,
y él con prudentes razones
le propuso un casamiento
con uno de los Monrois.
Ella honesta como cauta
de tal suerte le responde,
que ni á su padre resista
ni á mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto,
y cuando ya casi pone
en el umbral de la puerta
el viejo los pies; entonces....
¡Mal haya amen el primero
que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo
á dar comenzó las doce.
Oyólo don Pedro, y vuelto
hácia su hija, ¿de dónde
vino ese relox? le dijo:
ella respondió, envióle,
para que se le aderecen,
mi primo don Diego Ponce,
por no haber en su lugar
relogero ni relojes.
Dádmele, dijo su padre,
porque yo ese cargo tome:
pues entonces, doña Sancha,
que este es de la dama el nombre,
á quitármele del pecho

cauta y prevenida corre,
 antes que llegar él mismo
 á su padre se le antoje.
 Quitémele yo, y al darle
 quiso la suerte que toquen
 á una pistola, que tengo
 en la mano, los cordones;
 cayó el gatillo, dió fuego,
 al tronido desmayóse
 doña Sancha, alborotado
 el viejo empezó á dar voces.
 Yo viendo el cielo en el suelo,
 y eclipsados sus dos soles,
 juzgué sin duda por muerta
 la vida de mis acciones;
 pensando que cometieron
 sacrilegio tan enorme,
 del plomo de mi pistola
 los breves volantes orbes.
 Con esto, pues, despechado
 saqué rabioso el estoque;
 fueran pocos para mí
 en tal ocasion mil hombres.
 A impedirme la salida,
 como dos bravos leones,
 con sus armas, sus hermanos
 y sus criados se oponen:
 mas, aunque facil por todos
 mi espada y mi furia rompen,
 no hay fuerza humana que impida
 fatales disposiciones:
 pues al salir por la puerta,
 como iba arrimado, asióme
 la alcayata de la aldaba
 por los tiros del estoque:

aquí para desasirme
 fue fuerza que á tras me torne,
 y entretanto mis contrarios
 muros de espadas me oponen.
 En esto cobró su acuerdo,
 Sancha, y para que se estorve
 el triste fin que prometen
 estos sucesos atroces,
 la puerta cerró animosa
 del aposento, y dejóme
 á mí con ella encerrado,
 y fuera á mis agresores.
 Arrimamos á la puerta
 baules, arcas y cofres;
 que al fin son de ardientes iras
 remedio las dilaciones.
 Quisimos hacernos fuertes,
 mas mis contrarios feroces
 yá la pared me derriban,
 y yá la puerta me rompen.
 Yo viendo, que aunque dilate,
 no es posible que revoque
 la sentencia de enemigos
 tan agraviados y nobles,
 viendo á mi lado la hermosa
 de mis desdichas consorte,
 y que hurtaba á sus mejillas
 el temor sus arreboles;
 viendo cuan sin culpa suya
 conmigo fortuna corre,
 pues con industria deshace
 cuanto los hados disponen;
 por dar premio á sus lealtades
 por dar fin á sus temores,
 por dar remedio á mi muerte

y dar muerte á mis pasiones,
 hube de darme á partido,
 y pedirles que conformen
 con la union de nuestras sangres
 tan sangrientas disensiones.
 Ellos, que ven el peligro
 y mi calidad conocen,
 lo acetan, despues de estar
 un rato entre sí discordes.
 Partió á dar cuenta al obispo
 su padre, y volvió con orden
 de que el desposorio pueda
 hacer cualquier sacerdote.
 Hízose, y en dulce paz
 la mortal guerra trocóse
 dándote la mejor nuera
 que nació del Sur al Norte.
 Mas en que tú no lo sepas
 quedamos todos conformes,
 por no ser con gusto tuyo
 y por ser mi esposa pobre:
 pero ya que fue forzoso
 saberlo, mira si escoges
 por mejor tenerme muerto,
 que vivo, y con muger noble.

Don Beltran.

Las circunstancias del caso
 son tales, que se conoce
 que la fuerza de la suerte
 te destinó esa consorte;
 y así no te culpo en mas
 que en callármelo.

Don Garcia.

Temores
 de darte pesar, señor,

me obligaron.

Don Beltran.

Si es tan noble,
¿qué importa que pobre sea?
¿Cuanto es peor que lo ignore,
para que habiendo empeñado
mi palabra, agora torne
con eso á doña Jacinta?
Mira en que lance me pones:
toma el caballo, y temprano
por mi vida te recoge;
porque despacio tratemos
de tus cosas esta noche.

Don García.

Iré á obedecerte, al punto
que toquen las oraciones.

ESCENA X.

Don García.

Dichosamente se ha hecho:
persuadido el viejo va;
ya del mentir no dirá
que es sin gusto y sin provecho;
pues es tan notorio gusto
el ver que me haya creído,
y provecho haber huido
de casarme á mi disgusto.
Bueno fue reñir conmigo,
porque en cuanto digo miento;
y dar crédito al momento
á cuantas mentiras digo.
¿Qué facil de persuadir,
quien tiene amor, suele ser!
¿y qué facil en creer

el que no sabe mentir!
 Mas ya me aguarda don Juan.
 Ola, llevad el caballo. (1)
 Tan terribles cosas hallo
 que sucediéndome ván,
 que pienso que desvarío:
 vine ayer, y en un momento
 tengo amor, y casamiento,
 y causa de desafío.

ESCENA V.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

Como quien sois lo habeis hecho,
 don Garcia.

Don Garcia.

¿Quién podia,
 sabiendo la sangre mia,
 pensar menos de mi pecho?
 Mas vamos, don Juan, al caso
 porque llamado me habeis:
 decid, ¿que causa teneis,
 que por sabella me abraso,
 de hacer este desafío?

Don Juan.

Esa dama, á quien hicistes,
 conforme vos me dijistes,
 á noche fiesta en el rio,
 es causa de mi tormento;
 y es con quien dos años ha,
 que, aunque se dilata, está
 tratado mi casamiento.

(1) *Dirá adentro.*

Vos , ha un mes que estais aqui,
 y de eso, como de estar
 encubierto en el lugar
 todo ese tiempo de mi,
 colijo, que habiendo sido
 tan público mi cuidado,
 vos no lo habeis ignorado,
 y así me habeis ofendido.
 Con esto que he dicho, digo
 cuanto tengo que decir;
 y es, que ó no habeis de seguir
 el bien que ha tanto que sigo,
 ó si acaso os pareciere
 mi peticion mal fundada,
 se remita aquí á la espada;
 y la sirva el que venciere.

Don García.

Pésame que sin estar
 del caso bien informado
 os hayais determinado
 á casarme á este lugar.
 La dama, don Juan de Sosa,
 de mi fiesta, vive Dios,
 que ni la habeis visto vos,
 ni puede ser vuestra esposa;
 que es casada esta muger,
 y ha tan poco que llegó
 á Madrid, que solo yo
 sé que la he podido ver.
 Y cuando esa hubiera sido,
 de no verla mas os doy
 palabra como quien soy,
 ó quedar por fementido.

Don Juan.

Con eso se aseguró

la sospecha de mi pecho,
y he quedado satisfecho.

Don García.

Falta que lo quede yo;
que haberme desafiado
no se ha de quedar así:
libre fué el sacarme aquí,
mas habiendome sacado
me obligastes, y es forzoso,
puesto que tengo de hacer
como quien soy, no volver (1)
sino muerto ó victorioso.

Don Juan.

Pensad, aunque mis desvelos
hayais satisfecho así,
que aun deja cólera en mí
la memoria de mis celos.

ESCENA VI.

Dichos y don Félix.

Don Félix.

Deténganse caballeros,
que estoy aquí yo.

Don García.

¡Que venga
ahora quien me detenga!

Don Félix.

Vestid los fuertes aceros;
que fue falsa la ocasion
de esta pendencia.

Don Juan.

Ya habia

(1) Sacan las espadas y acuchillanse.

dícholo así don García;
pero por la obligacion
en que pone el desafio,
desnudó el valiente acero.

Don Felix.

Hizo como caballero
de tanto valor y brio;
y pues bien quedado habeis
con esto, merezca yo
que á quien de celoso erró
perdon y la mano deis. (1)

Don García.

Ello es justo, y lo mandais:
mas mirad de aquí adelante,
en caso tan importante,
don Juan, como os arrojaís.
Todo lo habeis de intentar
primero que el desafio,
que empezar es desvario
por donde se ha de acabar. *oase.*

ESCENA VII.

Don Felix y don Juan.

Don Felix.

Estraña ventura ha sido
haber yo á tiempo llegado.

Don Juan.

¿Qué, en efeto me he engañado?

Don Felix.

Si.

Don Juan.

¿De quién lo habeis sabido?

(1) *Dánse las manos.*

Don Felix.

Súpelo de un escudero
de Lucrecia.

Don Juan.

Decid , pues ,
como fue.

Don Felix.

La verdad es,
que fue el coche y el cochero
de doña Jacinta anoche
al Sotillo, y que tuvieron
gran fiesta las que en él fueron;
pero fue prestado el coche.
Y el caso fue que á las horas
que fue á ver Jacinta bella
á Lucrecia , ya con ella
estaban las matadoras,
las dos primas de la Quinta.

Don Juan.

¿Las que en el Carmen vivieron ?

Don Felix.

Si, pues ellas le pidieron
el coche á doña Jacinta,
y en él con la oscura noche
fueron al rio las dos ;
pues vuestro page , á quien vos
dejastes siguiendo el coche,
como en él dos damas vió
entrar , cuando anohecia ,
y noticia no tenia
de otra visita , creyó
ser Jacinta la que entraba
y Lucrecia.

Don Juan.

Justamente.

Don Felix.

Siguió el coche diligente ,
y cuando en el Soto estaba
entre la música y cena ,
lo dejó y volvió á buscaros
á Madrid, y fue el no hallaros
ocasion de tanta pena ;
porque yendo vos allá
se deshiciera el engaño.

Don Juan.

En eso estuvo mi daño :
mas tanto gusto me dá
el saber que me engañé ;
que doy por bien empleado
el disgusto que he pasado.

Don Felix.

Otra cosa averigüé ,
que es bien graciosa.

Don Juan.

Decid.

Don Felix.

Es, que el dicho don García
llegó ayer en aquel día
de Salamanca á Madrid :
y en llegando se acostó ,
y durmió la noche toda ,
y fue embeleco la boda
y festin que nos contó.

Don Juan.

¿Qué decís ?

Don Felix.

Esto es verdad.

Don Juan.

¿Embustero es don García?

Don Felix.

Eso un ciego lo veria ;
 porque tanta variedad
 de tiendas, aparadores,
 bajillas de plata y oro ;
 tanto plato, tanto coro
 de instrumentos y cantores,
 ¿ no eran mentira patente ?

Don Juan.

Lo que me tiene dudoso ,
 es que sea mentiroso
 un hombre , que es tan valiente ;
 que de su espada el furor
 diera á Alcides pesadumbre.

Don Felix.

Tendrá el mentir por costumbre ,
 y por herencia el valor.

Don Juan

Vamos , que á Jacinta quiero
 pedille , Felix , perdon ,
 y decille la ocasion
 con que esforzó este embustero
 mi sospecha.

Don Felix.

Desde aquí ,
 nada le creo , don Juan.

Don Juan.

Y sus verdades serán
 ya consejos para mí.

ESCENA VIII.

DECORACION DE CALLE.

Don Garcia , Tristan y Camino de noche ; y poco despues en la ventana Jacinta , Lucrecia é Isabel.

Don Garcia.

Mi padre me dé perdon ,

que forzado le engañé.

Tristan.

Ingeniosa excusa fue;
pero dime, ¿qué invencion
ahora piensas hacer
con que no sepa que ha sido
el casamiento fingido?

Don García.

Las cartas le he de coger
que á Salamanca escribiere,
y las respuestas fingiendo
yo mismo, iré entreteniendo
la ficción cuanto pudiere.

Doña Jacinta.

Con esta nueva volvió
don Beltran bien descontento,
cuando ya del casameento
estaba contenta yo.

Doña Lucrecia.

¿Qué el hijo de don Beltran
es el indiano fingido?

Doña Jacinta.

Si, amiga.

Doña Lucrecia.

¿A quién has oído
lo del banquete?

Doña Jacinta.

A don Juan.

Doña Lucrecia.

¿Pues cuando estuvo contigo?

Doña Jacinta.

Al anochechar me vió,
y en contarmelo gastó
lo que pudo estar conmigo.

Doña Lucrecia.

¡Grandes sus enredos son!

¡Buen castigo te merece!

Doña Jacinta.

Estos tres hombres parece
que se acercan al balcon.

Doña Lucrecia.

Vendrá al puesto don García,
que ya es hora.

Doña Jacinta.

Tú, Isabel,
mientras hablamos con él,
á nuestros viejos espía.

Doña Lucrecia.

Mi padre está refiriendo
bien despacio un cuento largo
á tu tío.

Isabel.

Yo me encargo
de avisaros en viniendo.

Camino.

Este es el balcon adonde
os espera tanta gloria.

ESCENA IX.

Don García, doña Jacinta, doña Lucrecia, y Tristan

Doña Lucrecia.

Tú eres dueño de la historia,
tú en mi nombre le responde.

Don García.

¿Es Lucrecia?

Doña Jacinta.

¿Es don García?

Don García.

Es quien hoy la joya halló
mas preciosa , que labró
el cielo en la platería ;
es quien , en llegando á vella ,
tanto estimó su valor ,
que dió abrasado de amor
la vida y alma por ella.
Soy al fin el que se precia
de ser vuestro , y soy quien hoy
comienzo á ser , porque soy
el esclavo de Lucrecia.

Doña Jacinta.

Amiga , este caballero
para todas tiene amor.

Doña Lucrecia.

El hombre es embarrador.

Doña Jacinta.

El es un gran embustero.

Don García.

Ya espero , señora mia ,
lo que me quereis mandar.

Doña Jacinta.

Ya no puede haber lugar
lo que trataros quería.

Tristan.

¿ Es ella ?

al oído.

Don García.

Si.

Doña Jacinta.

Que trataros
un casamiento intenté
bien importante , y ya sé
que es imposible casaros.

Don García.

¿Por qué?

Doña Jacinta.

Porque sois casado.

Don García.

¿Qué yo soy casado?

Doña Jacinta.

Vos.

Don García.

Soltero soy, vive Dios ;
quien lo ha dicho , os ha engañado.

Doña Jacinta.

¿Viste mayor embustero?

Doña Lucrecia.

No sabe sino mentir.

Doña Jacinta.

¿Tal me quereis persuadir?

Don García.

Vive Dios, que soy soltero.

Doña Jacinta.

Y lo jura.

Doña Lucrecia.

Siempre ha sido
costumbre del mentiroso,
de su crédito dudoso ,
jurar para ser creído.

Don García.

Si era vuestra blanca mano ,
con la que el cielo queria
colmar la ventura mia ,
no pierda el bien soberano ,
pudiendo esa falsedad
probarse tan facilmente.

Doña Jacinta.

¿Con qué confianza miente!

¿No parece que es verdad?

Don García.

La mano os daré, señora,
y con eso me creereis.

Doña Jacinta.

Vos sois tal, que la dareis
á trescientas en un hora.

Don García.

Mal acreditado estoy
con vos.

Doña Jacinta.

Es justo castigo;
porque mal puede conmigo
tener crédito, quien hoy
dijo que era perulero
siendo en la corte nacido;
y siendo de ayer venido
afirmó que ha un año entero
que está en la corte, y habiendo
esta tarde confesado
que en Salamanca es casado,
se está agora desdiciendo;
y quien pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el río la pasó
haciendo fiesta á una dama.

Tristan.

Todo se sabe.

Don García.

Mi gloria,
escuchadme, y os diré
verdad pura, que ya sé
en que se yerra la historia.
Por las demas cosas paso,
que son de poco momento,

por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubierades sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
¿será culpa haber mentido?

Doña Jacinta.

¿Yo la causa?

Don García.

Si señora.

Doña Jacinta.

¿Cómo?

Don García.

Decíroslo quiero.

Doña Jacinta.

Oye, que hará el embustero
lindos enredos agora.

Don García.

Mi padre llegó á tratarme
de darme otra muger hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso escusarme;
que mientras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas
solo para vos soltero.
Y como vuestro papel
llegó esforzando mi intento,
al tratarme el casamiento,
puse impedimento en él.
Este es el caso, mirad
si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
de mi afición la verdad.

Doña Lucrecia.

Mas si lo fuese. *ap.*

Doña Jacinta.

¡Que buena
la trazó, y qué de repente!
¿Pues cómo tan brevemente
os puedo dar tanta pena?
¿Casi aun no visto me habeis
y ya os mostrais tan perdido?
¿Aun no me habeis conocido
y por muger me quereis?

Don Garcia.

Hoy ví vuestra gran beldad
la vez primera, señora;
que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.
Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es;
que el Dios niño no con pies,
sino con alas camina.
Decir que habeis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.
Decís que sin conoceros
estoy perdido: ¡pluguiera
á Dios que no os conociera,
por hacer mas en quereros!
Bien os conozco, las partes
sé bien que os dió la fortuna,
que sin eclipse sois luna,
que sois mudanza sin martes;
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,
que de mil doblones pasa

la renta de vuestro padre.
 Ved si estoy mal informado:
 ¡ojalá, mi bien, que así
 lo estuviérades de mí!

Doña Lucrecia.

Casi me pone en cuidado. *ap.*

Doña Jacinta.

¿Pues Jacinta, no es hermosa?
 ¿no es discreta, rica, y tal,
 que puede el mas principal
 desealla para esposa?

Don Garcia.

Es discreta, rica, y bella;
 mas á mí no me conviene.

Doña Jacinta.

Pues decid, ¿qué falta tiene?

Don Garcia.

La mayor, que es no querella.

Doña Jacinta.

Pues yo con ella os queria
 casar, que esa sola fué
 la intencion con que os llamé.

Don Garcia.

Pues será vana porfia;
 que por haber intentado
 mi padre don Beltran hoy
 lo mismo, he dicho que estoy
 en otra parte casado.
 Y si vos, señora mia,
 intentais hablarme en ello,
 perdonad, que por no hacello
 seré casado en Turquía.

Esto es verdad, vive Dios;
 porque mi amor es de modo
 que aborrezco aquello todo,

mi Lucrecia, que no es vos.

Doña Lucrecia.

¡Ojalá!

ap.

Doña Jacinta.

¡Que me trateis
con falsedad tan notoria!

Decid, ¿no teneis memoria,
ó vergüenza no teneis?

¿Cómo, si hoy dijistes vas
á Jacinta que la amais,
ahora me lo negais?

Don García.

¿Yo á Jacinta? Vive Dios,
que solo con vos he hablado
desde que entre en el lugar.

Doña Jacinta.

Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.
Sí en lo mismo que yo ví
os atreveis á mentirme,
¿qué verdad podreis decirme?
Idos con Dios, y de mí
podeis desde aquí pensar,
si otra vez os diere oído,
que por divertirme ha sido;
como quien para quitar
el enfadoso fastidio
de los negocios pesados,
gasta los ratos sobrados
en las fábulas de Ovidio.

vase.

Don García.

Escuchad, Lucrecia hermosa.

Doña Lucrecia.

Confusa quedo.

vase.

ESCENA X.

*Don García y Tristan.**Don García.*Estoy loco : *ap.*

¡Verdades valen tan poco !

Tristan.

En la boca mentirosa.

Don García.¡Que haya dado en no creer
cuanto digo !*Tristan.*

¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger ?
De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente,
que quien en las burlas miente
pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE DOÑA LUCRECIA.

Doña Lucrecia y Camino que le dá un papel.

Camino.

Este me dió para tí,
Tristan, de quien don García
con justo causa confía
lo mismo que tú de mí.
Que aunque su dicha es tan corta
que sirve, es muy bien nacido;
y de suerte ha encarecido
lo que tu respuesta importa,
que jura que don García
está loco.

Doña Lucrecia.

¡Cosa estraña!

¿Es posible que me engaña
quien de esta suerte porfia?
El mas firme enamorado
se cansa, si no es querido,
¿y este puede ser fingido,
tan constante y desdeñado?

Camino.

Yo al menos, si en las señales
se conoce el corazon,
ciertos juraré que son,
por las que he visto, sus males:
que quien tu calle pasea
tan constante noche y dia,
quien tu espesa celosia

tan atento brujulea;
 quien ve que de tu balcon,
 cuando él viene te retiras,
 y ni te ve ni le miras
 y está firme en tu aficion;
 quien llora, quien desespera,
 quien porque contigo estoy
 me dá dineros, que es hoy
 la señal mas verdadera,
 yo me afirmo en que decir
 que miente, es gran desatino.

Doña Lucrecia.

Bien se hecha de ver, Camino,
 que no le has visto mentir.
 ¡Pluguiera á Dios, fuera cierto
 su amor, que á decir verdad,
 no tarde en mi voluntad
 halláran sus ansias puerto!
 Que tus encarecimientos,
 aunque no los he creído,
 por lo menos han podido
 despertar mis pensamientos;
 que dado que es necedad
 dar crédito al mentiroso;
 como el mentir no es forzoso,
 y puede decir verdad,
 obligame la esperanza
 y el propio amor á creer,
 que conmigo puede hacer
 en sus costumbres mudanza.
 Y así por guardar mi honor
 si me engaña lisongero;
 y si es su amor verdadero,
 porque es digno de mi amor,
 quiero andar tan advertida

á los bienes y á los daños,
que ni admita sus engaños,
ni sus verdades despida.

Camino.

De ese parecer estoy.

Doña Lucrecia.

Pues dirásle, que cruel
rompí, sin vello, el papel;
que esta respuesta le doy:
y luego tú de tu aljaba
le dí, que no desespere,
y que si verme quisiere,
yaya esta tarde á la octava
de la Madalena.

Camino.

Voy.

Doña Lucrecia.

Mi esperanza fundo en tí,

Camino.

No se perderá por mí,
pues ves que Camino soy.

ESCENA II.

SALA EN CASA DE DON BELTRAN.

Don Beltran, don Garcia y Tristan. Don Beltran saca una carta abierta, y se la dá á don Garcia.

Don Beltran.

¿Habeis escrito, Garcia?

Don Garcia.

Esta noche escribiré.

Don Beltran.

Pues abierta os la daré
porque leyendo la mia,
conforme á mi parecer
á vuestro suegro escribais,

que determino que vais
vos en persona á traer
vuestra esposa , que es razon ;
porque pudiendo traella
vos mismo , enviar por ella
fuera poca estimacion.

Don Garcia.

Es verdad ; mas sin efeto
será agora mi jornada.

Don Beltran.

¿ Por qué ?

Don Garcia.

Porque está preñada ;
y hasta que un dichoso nieta
te dé , no es bien arriesgar
su persona en el camíno.

Don Beltran.

¡ Jesus ! fuera desatino ,
estando así , caminar.

Mas dime ; ¿ cómo hasta aquí
no me lo has dicho , Garcia ?

Don Garcia.

Porque yo no lo sabia ;
y en la que ayer recibí
de doña Sancha , me dice
que es cierto el preñado ya.

Don Beltran.

Si un nieta varon me dá ,
hará mi vejez felice.

Muestra , que añadir es bien (1)
cuanto con esto me alegro :
mas dí ; ¿ cuál es de tu suegro
el propio nombre ?

(1) *Tómale la carta que le habia dado.*

Don García.

¿De quién?

Don Beltran.

De tu suegro.

Don García.

Aquí me pierdo. *ap.*

Don Diego.

Don Beltran.

O yo me he engañado,
ú otras veces le has nombrado
don Pedro.

Don García.

Tambien me acuerdo
de eso mismo; pero son
suyos, señor, ambos nombres.

Don Beltran.

¿Diego y Pedro?

Don García.

No te asombres,
que por una condicion
don Diego se ha de llamar
de su casa el sucesor:
llamábase mi señor
don Pedro antes de heredar,
y como se puso luego
don Diego, porque heredó,
despues acá se llamó
ya don Pedro, ya don Diego.

Don Beltran.

No es nueva esa condicion
en muchas casas de España:
á escribirle voy. *case.*

ESCENA III.

Don Garcia y Tistan.

Tristan.

Estraña

fue esta vez tu confusion.

Don Garcia.

¿Has entendido la historia?

Tristan.

Y hubo bien en que entender;
el que miente ha menester
gran ingenio y gran memoria.

Don Garcia.

Perdido me ví.

Tristan.

Y en eso

pararás al fin, señor.

Don Garcia.

Entretanto de mi amor
veré el bueno, ó mal suceso.

¿Qué hay de Lucrecia?

Tristan.

Imagino,

aunque de dura se precia,
que has de vencer á Lucrecia
sin la fuerza de Tarquino.

Don Garcia.

¿Recibió el billete?

Tristan.

Si;

aunque á Camino mandó
que diga que lo rompió;
que él lo ha fiado de mí.
Y pues lo admitió, no mal
se negocia tu deseo,
si aquel epigrama creo

que á Nebia escribió Marcial :
 escribí, no respondió
 Nebia, luego dura está ;
 mas ella se ablandará,
 pues lo que escribí leyó.

Don García.

Que dice verdad sospecho.

Tristan.

Camino está de tu parte,
 y promete revelarte
 los secretos de su pecho :
 y que ha de cumplillo espero
 si andas tú cumplido en dar ;
 que para hacer confesar
 no hay cordel como el dinero.
 Y aun fuera bueno señor
 que conquistáras tu ingrata
 con dádivas, pues que mata
 con flechas de oro el amor.

Don García.

Nunca te he visto grosero ,
 sino aquí, en tus pareceres ;
 ¿ es esta de las mugeres
 que se rinden por dinero ?

Tristan.

Virgilio dice que Dido
 fue del troyano abrasada ,
 á sus dones obligada
 tanto como de Cupido.
 Y era reyna : no te espantes
 de mis pareceres rudos ;
 que escudos vencen escudos ,
 diamantes labran diamantes.

Don García.

¿ No viste que la ofendió
 mi oferta en la platería ?

Tristan.

Tu oferta la ofendiera ,
señor , que tus joyas no,
Por el uso te gobierna ,
que á nadie en este lugar ,
por desvergonzado en dar
le quebraron brazo ó pierna.

Don García.

Dáme tú que ella lo quiera ,
que darle un mundo imagino.

Tristan.

Camino dará camino ,
que es el polo de esta esfera.
Y porque sepas que está
en buen estado tu amor ;
ella le mandó , señor ,
que te dijese que hoy vá
Lucrecia á la Madalena
á la fiesta de la otava ;
como que él te lo avisaba.

Don García.

¡ Dulce alivio de mi pena !
¡ Con ese espacio me dás
nuevas que me vuelven loco ?

Tristan.

Doítelas tan poco á poco ,
porque dure el gusto mas.

ESCENA IV.

CALLE.

Doña Jacinta y doña Lucrecia con mantos.

Doña Jacinta.

¡ Qué , prosigue don García ?

Doña Lucrecia.

De modo que con saber

su engañoso proceder,
como tan firme porfia
casi me tiene dudosa.

Doña Jacinta.

Quizá no eres engañada;
que la verdad no es vedada
á la boca mentirosa.

Quizá es verdad que te quiere,
y mas don le tu beldad
asegura esa verdad
en cualquiera que te viere.

Doña Lucrecia.

Siempre tú me favoreces;
mas yo lo creyera así
á no haberte visto á tí,
que al mismo sol oscureces.

Doña Jacinta.

Bien sabes tú lo que vales,
y que en esta competencia
nunca ha salido senten cia,
por tener votos iguales.

Y no es sola la hermosura
quien causa amoroso ardor,
que tambien tiene el amor
su pedazo de ventura.

Yo me holgaré que por ti,
amiga, me haya trocado,
y que tú hayas alcanzado
lo que yo no merecí.

Porque ni tú tienes culpa,
ni el me tiene obligacion;
pero ve con prevencion,
que no te queda disculpa
si te arrojas en amar,
y al fin quedas engañada.

de quien estas ya avisada
que solo sabe engañar.

Doña Lucrecia.

Gracias, Jacinta, te doy;
mas tu sospecha corrije,
que estoy por creerle, dije,
no que por quererle estoy.

Doña Jacinta.

Obligárate el creer,
y querrás, siendo obligada;
y así es corta la jornada
que hay de creer á querer.

Doña Lucrecia.

¿Pues qué dirás si supieres
que un papel he recibido?

Doña Jacinta.

Diré que ya le has creído,
y aun diré que ya le quieres.

Doña Lucrecia.

Errarás-te, y considera
que tal vez la voluntad
hace por curiosidad,
lo que por amor no hiciera.
¿Tú no le hablaste gustosa
en la platería?

Doña Jacinta.

Si.

Doña Lucrecia.

¿Y fuiste en oírle allí
enamorada, ó curiosa?

Doña Jacinta.

Curiosa.

Doña Lucrecia.

Pues yo con él
curiosa tambien he sido,

como tú en haberle oído,
en recibir su papel.

Doña Jacinta.

Notorio verás tu error,
si adviertes que es el oír
cortesía; y admitir
un papel, claro favor.

Doña Lucrecia.

Eso fuera á saber él
que su papel recibí;
mas el piensa que rompí
sin leello su papel.

Doña Jacinta.

Pues con eso es cosa cierta,
que curiosidad ha sido.

Doña Lucrecia.

En mi vida me ha valido
tanto gusto el ser curiosa.
Y porque su falsedad
conozcas, escucha y mira (1)
si es mentira, la mentira
que mas parece verdad.

ESCENA V.

Dichat, y al paño don Garcia, Tristan y Camino.

Camino.

¿Veis la que tiene en la mano
un papel?

Don García.

Si.

Camino.

Pues aquella

(1) *Saca un papel, le abre y lee en secreto.*

es Lucrecia.

Don García.

¡O causa bella *ap.*
de dolor tan inhumano!
Ya me abraso de celoso.
¡O Camino, cuanto os debo!

Tristan.

Mañana os vestís de nuevo.

Camino.

Por vos he de ser dichoso.

Don García.

Llegarme, Tristan, pretendo
adonde, sin que me vea,
si posible fuere, lea
el papel que está leyendo.

Tristan.

No es difícil, que si vas
á esta capilla arrimado,
saliendo por aquel lado
de espaldas la cogeras.

Don García.

Bien dices, ven por aquí. *canse*

Doña Jacinta.

Lee bajo, que darás
mal ejemplo.

Doña Lucrecia.

No me oirás:
toma y lee para tí. (1)

Doña Jacinta.

Ese es mejor parecer. (2)

(1) *Dá el papel á Jacinta.*

(2) *Salen don García y Tristan por otro lado
cogiendo de espaldas á las damas.*

Tristan.

Bien el fin se consiguió.

Don García.

Tú, si ves mejor que yo,
procura, Tristan, leer.

Doña Jacinta. lee.

*Ya que mal crédito cobras
de mis palabras sentidas,
dime, si serán creidas,
pues nunca mienten, las obras.*

*Que si consiste el creerme,
señora, en ser tu marido,
y ha de dar el ser creído
materia al favorecerme,
por este, Lucrecia mía,
que de mi mano te doy
firmado, digo que soy
ya tu esposo, don García.*

Don García.

Vive Dios que es mi papel.

Tristan.

¿Pues qué, no lo vió en su casa?

Don García.

Por ventura lo repasa,
regalándose con él.

Tristan.

Como quiera te está bien.

Don García.

Como quiera soy dichoso.

Doña Jacinta.

El es breve y compendioso,
ó bien siente, ó miente bien.

Don García.

á Jacinta.

Volved los ojos, señora,

cuyos rayos no resisto. (1)

Doña Jacinta.
Cúbrete, pues no te ha visto,
y desengaña te agora.

Doña Lucrecia.
Disimula y no me nombres.

Don García.

Corred los delgados velos
á ese asombro de los cielos,
á ese cielo de los hombres.

¿Posible es que os llevo á ver,
homicida de mi vida?

Mas como sois mi homicida,
en la iglesia hubo de ser:
si os obliga á retraer

mi muerte, no hayais temor;
que de las leyes de amor

es tan grande el desconcierto,
que dejan preso al que es muerto
y libre al que es matador.

Ya espero que de mi pena
estais, mi bien, condolida,

si el estar arrepentida
os trajo á la Madalena:

ved como el amor ordena:
recompensa al mal que siento,

pues si yo llevé el tormento
de vuestra crueldad, señora,

la gloria me llevo agora
de vuestro arrepentimiento.

¿No me hablais, dueño querido?

¿No os obliga el mal que paso?

¿Arrepentísos acaso

(1) Tápanse doña Lucrecia y doña Jacinta.

de haberos arrepentido ?
 Que advirtais , señora , os pido ,
 que otra vez me mataréis :
 si porque en la iglesia os veis
 probais en mí los aceros ;
 mirad que no ha de valeros
 si en ella el delito haceis.

Doña Jacinta.

¿ Conoceisme ?

Don García.

Y bien por Dios ;
 tanto que desde aquel dia
 que os hablé en la platería ,
 no me conozco por vos :
 de suerte que de los dos
 vivo mas en vos que en mí ;
 que tanto , desde que os ví ,
 en vos transformado estoy ,
 que ni conozco el que soy ,
 ni me acuerdo del que fui.

Doña Jacinta.

Bien se lecha de ver que estais
 del que fuistes olvidado ;
 pues sin ver que sois casado
 nuevo amor solicitais.

Don García.

¿ Yo casado ! ¿ En eso dais ?

Doña Jacinta.

¿ Pues no ?

Don García.

¿ Qué vana porfía !
 Fué por Dios intencion mia ,
 por ser vuestro.

Doña Jacinta.

O por no sello ;

y si os vuelven á hablar de ello,
sereis casado en Turquía.

Don Garcia.

Y vuelvo á jurar por Dios,
que en este amoroso estado
para todas soy casado,
y soltero para vos.

Doña Jacinta.

¿Vés tu desengaño? á *Lucrecia.*

Doña Lucrecia.

¡ Ah cielos , *ap.*
apenas una centella
siento de amor , y ya de ella
nacen volcanes de celos !

Don Garcia.

Aquella noche, señora,
que en el balcon os hablé,
¿ todo el caso no os conté?

Doña Jacinta.

¿ A mí en balcon ?

Doña Lucrecia.

¡ Ah traidora ! *ap.*

Doña Jacinta.

Advertid que os engañais
¿ vos me hablastes ?

Don Garcia.

Bien por Dios.

Doña Lucrecia.

¿ Hablaisle de noche vos , *ap.*
y á mi consejos me dais ?

Don Garcia.

¿ Y el papel que recibistes ,
negareislo ?

Doña Jacinta.

¿ Yo papel ?

Doña Lucrecia.

¡ Ved que amiga tan fiel! *ap.*

Don García.

Y sé yo que lo leistes;

Doña Jacinta.

Pasar por donaire puede

cuando no daña, el mentir;

mas no se puede sufrir

cuando ese límite escede.

Don García.

¿ No os hablé en vuestro balcon,

Lucrecia, tres noches ha?

Doña Jacinta.

¿ Yo, Lucrecia? Bueno vá: *ap.*

toro nuevo, otra invencion:

á Lucrecia ha conocido,

y es muy cierto el adoralla;

pues finge, por no enojalla,

que por ella me ha tenido.

Doña Lucrecia.

Todo lo entiendo, ¡ ah traidora! *ap.*

Sin duda que le avisó

que la tapada fuí yo;

y quiere enmendallo agora

con fingir que fué el tenella

por mí, la causa de hablalla.

Tristan. á don García.

Negar debe de importalla

por la que está junto della,

ser Lucrecia.

Don García.

Así lo entiendo;

que si por mí lo negára,

encubriera ya la cara;

¿ pero no se conociendo

se habláran las dos?

Tristan.

Por puntos

suele en las iglesias verse ,
que parlan sin conocerse ,
los que aciertan á estar juntos.

Don García.

Dices bien.

Tristan.

Fingiendo agora

que se engañaron tus ojos ,
lo enmendarás.

Don García.

Los antojos

de un ardiente amor , señora ,
me tienen tan deslumbrado ,
que por otra os he tenido :
perdonad , que yerro ha sido
de esa cortina causado ;

que como á la fantasía
facil engaña el deseo ,
cualquiera dama que veo
se me figura la mia.

Doña Jacinta.

Entendíle la intencion. *ap.*

Doña Lucrecia.

Avisóle la taimada. *ap.*

Doña Jacinta.

Segun eso , ¿ la adorada
es Lucrecia ?

Don García.

El corazon ,
desde el punto que la ví ,
la hizo dueño de mi fé.

Doña Jacinta.

Bueno es esto.

Doña Lucrecia.

¿Qué esta esté *ap.*
haciendo burla de mí?
No me doy por entendida
por no hacer aquí un esceso.

Doña Jacinta.

Pues yo pienso, que á estar de eso
cierta, os fuera agradecida
Lucrecia.

Don García.

¿Tratais con ella?

Doña Jacinta.

Trato, y es amiga mia,
tanto, que me atreveria
á afirmar, que en mí y en ella
vive solo un corazon.

Don García.

Si eres tú, bien claro está. *ap.*
¿Que bien á entender me dá
su recato y su intencion!
Pues ya que mi dicha ordena
tan buena ocasion, señora,
pues sois angel, sed agora
mensagera de mi pena.
Mi firmeza le decid,
y perdonadme si os doy
este oficio.

Tristan.

Oficio es hoy *ap.*
de las mozas de Madrid.

Don García.

Persuadidla que á tan grande
amor ingrata no sea.

Doña Jacinta.
 Hacelde vos que lo crea,
 que yo le haré que se ablande.

Don García.
 ¿Por qué no creerá que muero,
 pues he visto su beldad?

Doña Jacinta.
 Porque, si os digo verdad,
 no os tiene por verdadero.

Don García.
 Hacelde vos que lo crea;
 ¿que importa que verdad sea,
 si el que la dice sois vos?
 Que la boca mentirosa
 incurre en tan torpe mengua,
 que solamente en su lengua
 es la verdad sospechosa.

Don García.
 Señora...

Doña Jacinta.
 Basta : mirad
 que dais nota.

Don García.
 Yo obedezco.

Doña Jacinta.
 ¿Vas contenta?

Doña Lucrecia.
 Yo agradezco,
 Jacinta, tu voluntad.

ESCENA VI.

Don García y Tristan.

Don García.
 ¿No ha estado aguda Lucrecia?

¡ Con qué astucia dió á entender
que le importaba no ser
Lucrecia !

Tristan.

A fe que no es necia.

Don Garcia.

Sin duda que no queria
qué la conociese aquella
que estaba hablando con ella,

Tristan.

Claro está que no podia
obligalla otra ocasion
á negar cosa tan clara ;
porque á tí no te negara
que te habló por el balcon,
pues ella misma tocó
los puutos de que tratastes
cuando por él os hablastes.

Don Garcia.

En eso bien me mostró
que de mí no se encubría.

Tristan.

Y por eso dijo aquello :
y si os vuelven á hablar de ello
sereis casado en Turquía.
Y esta conjetura abona
mas claramente el negar
que era Lucrecia , y tratar
luego en tercera persona
de sus propios pensamientos,
diciendote , que sabia
que Lucrecia pagaria
tus amorosos intentos ,
con que tu hicieses , señor ,
que los llegase á creer.

Don García.

¡Ay Tristán! ¿que puedo hacer,
para acreditar mi amor?

Tristan.

¿Tu quieres casarte?

Don García

Si.

Tristan.

Pues pídelas.

Don García.

¿Y si resiste?

Tristan.

Parece que no la oiste
lo que dijo agora aquí:
hacedle vos que lo crea
que yo la haré que se ablánde;
¿qué indicio quieres mas grande
de que ser tuya desea?
Quien tus papeles recibe,
quien te habla en sus ventanas,
muestras ha dado bien llanas
de la aficcion con que vive.
El pensar que eres casado
la refrena solamente,
y queda ese inconveniente
con casarte, remediado.
Pues es el mismo casarte,
siendo tan gran caballero,
informacion de soltero:
y cuando quiera obligarte
á que dés informacion,
por el temor con que va
de tus engaños, no está
Salamanca en el Japon.

Don García.

Sí está para quien desea;
que son ya siglos en mí
los instantes.

Tristan.

¿Pues aquí
no habrá quien testigo sea?

Don García.

Puede ser.

Tristan.

Es fácil cosa.

Don García.

Al punto los buscaré.

Tristan.

Uno yo te lo daré.

Don García.

¿Y quién es?

Tristan.

Don Juan de Sosa.

Don García.

¿Quién, don Juan de Sosa?

Tristan.

Si.

Don García.

Bien lo sabe.

Tristan.

Desde el día
que te habló en la platería
no le he visto, ni él á tí
Y aunque siempre he deseado
saber que pesar te dió
el papel que te escribió,
nunca te lo he preguntado,
viendo que entonces severo
negaste y descolorido:

mas agora que ha venido
tan á propósito, quiero
pensar que puedo, señor;
pues secretario me has hecho
del archivo de tu pecho,
y se pasó aquel furor.

Don García.

Yo te lo quiero contar;
que pues sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fiar.

A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas don Juan de Sosa
para un caso de importancia.

Callé, por ser desafío;
que quiere el que no lo calla
que le estorven ó le ayuden:
cobardes acciones ambas.

Llegué al aplazado sitio
donde don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja.

Su sentimiento propuso,
satisface á su demanda;
y por quedar bien, al fin
desnudamos las espadas.

Elegí mi medio al punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil
le dí una fuerte estocada.

Sagrado fue de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba,
que topando en él la punta
hizo dos partes mi espada.

El sacó pies de gran golpe;
 pero con ardiente rabia
 vino, tirando una punta;
 mas yo por la parte flaca
 cogí su espada, formando
 un atajo, él presto saca
 (como la respiracion
 tan corta línea le tapa,
 por faltarle los dos tercios
 á mi poco fiel espada)
 la suya, corriendo filos;
 y como cerca me halla,
 porque yo busqué el estrecho,
 por la falta de mis armas
 á la cabeza furioso
 me tiró una cuchillada:
 recibíla en el principio
 de su formacion y baja,
 matándole el movimiento
 sobre la suya mi espada.
 Aquí fué Troya, saqué
 un reves con tal pujanza,
 que la falta de mi acero
 hizo allí muy poca falta;
 que abriéndole en la cabeza
 un palmo de cuchillada,
 vino sin sentido al suelo
 y aun sospecho que sin alma.
 Déjéle así, y con secreto
 me vine; esto es lo que pasa,
 y de no verle estos días,
 Tristan, es esta lo causa.

Tristan.

¡Qué suceso tan extraño!

¿Y si murió?

Don García.

Cosa es clara :
porque hasta los mismos sesos
esparció por la campaña.

Tristan.

¡ Pobre don Juan !... ¡ Mas no es este
que viene aquí !

ESCENA VII.

Dichos y don Juan, y por otro lado don Beltran.

Don García.

¡ Cosa estraña !

Tristan.

¿ Tambien á mi me la pegas ?

¿ Al secretario del alma ?

Por Dios que se lo creí , *ap.*
con conocelle las mañas.

¿ Mas á quién no engañarán
mentiras tan bien trobadas ?

Don García.

Sin duda que le han curado
por ensalmo.

Tristan.

Cuchillada ,
que rompió los mismos sesos ,
¿ en tan breve tiempo sana ?

Don García.

¿ Es mucho ? Ensalmo sé yo
con que un hombre en Salamanca ,
á quien cortaron á cercen
un brazo con media espalda ,
volviéndosele á pegar ,
en menos de una semana
quedó tan sano y tan bueno
como primero.

Tristán.

¡Ya escampa!

Don García.

Esto no me lo contaron;
yo lo ví mismo.

Tristan.

Eso basta.

Don García.

De la verdad, por la vida,
no quitaré una palabra.

Tristan.

¡Que ninguno se conozca! *ap.*
Señor, mis servicios paga,
con enseñarme ese ensalmo.

Don García.

Está en dicciones hebráicas,
y sino sabes la lengua
no has de saber pronunciarlas.

Tristan.

¿Y tú sábesla?

Don García.

¡Qué bueno!
mejor que la castellana:
hablo diez lenguas.

Tristan.

Y todas *ap.*
para mentir no te bastan:
cuerpo de verdades lleno
con razon el tuyo llaman,
pues ninguna sale de él
ni hay mentira que no salga.

Don Beltran.

¿Qué decís?

Don Juan.

Esto es verdad;

ni caballero , ni dama
tiene , si mal no me acuerdo
de esos nombres Salamanca.

Don Beltran.

Sin duda que fue invencion *ap.*
de García , cosa es clara ;
disimular me conviene.
Goces por edades largas
con una rica encomienda
de la Cruz de Calatrava.

Don Juan.

Creed que siempre he de ser
mas vuestro , cuanto mas valga ;
y perdonadme ; que ahora
por andar dando las gracias
á esos señores , no os voy
sirviendo hasta vuestra casa. *vase.*

ESCENA VIII.

Dichos menos don Juan.

Don Beltran.

¡Válgame Dios ! ¿Es posible
que á mi no me perdonáran
las costumbres de este mozo ?
¿Que aun á mí en mis propias canas
me mintiese , al mismo tiempo
que riñéndoselo estaba ?
¿Y que le creyese yo
en cosa tan de importancia
tan presto , habienda ya oido
de sus engaños la fama ?
Mas ¿quién creyera que á mí
me mintiera , cuando estaba
reprendiéndole eso mismo ?
¿Y qué juez se recelára

que el mismo ladron le robe,
de cuyo castigo trata?

Tristan.

¿Determinaste á llegar?

Don Garcia.

Si, Tristan.

Tristan.

Pues Dios te valga.

Don Garcia.

Padre.

Don Beltran.

No me llames padre,
vil, enemigo, me llama;
que no tiene sangre mia,
quien no me parece en nada.
Quítate de ante mis ojos,
que por Dios, sino mirara....

Tristan.

á Garcia.

El mar está por el cielo;
mejor ocasion aguarda.

Don Beltran.

¡Cielos, qué castigo es este!
¿Es posible que á quien ama
la verdad, como yo, un hijo
de condicion tan contraria
le diesedes? ¿Es posible
que quien tanto su honor guarda,
como yo, engendrarse un hijo
de inclinaciones tan bajas?
¿Y á Gabriel, que honor y vida
daba á mi sangre y mis canas,
llevásedes tan en flor?
Cosas son, que á no mirarlas
como cristiano.....

Don García.

¿Qué esto? *ap.*

Tristan.

Quítate de aquí; ¿qué aguardas?

Don Beltran.

Déjanos solos, Tristan;
pero vuelve, no te vayas.
Por ventura la vergüenza,
de que sepas tú su infamia,
podrá en él, lo que no pudo
el respeto de mis canas.
Y cuando ni esta vergüenza
le obligue á enmendar sus faltas;
servirále por lo menos
de castigo el publicallas.
Di, liviano; ¿qué fin llevas?
Loco, di; ¿qué gusto sacas
de mentir tan sin recato?
¿Y cuando con todos vayas
tras tu inclinacion, conmigo
siquiera no te enfrenáras?
¿Con qué intento el matrimonio
fingiste de Salamanca,
para quitarles tambien
el crédito á mis palabras?
¿Con qué cara hablaré yo,
á los que digo que estabas
con doña Sancha de Herrera
desposado? ¿con qué cara,
cuando sabiendo que fué
fingida esta doña Sancha,
por cómplices del embuste
infamen mis nobles canas?
¿Qué medio tomaré yo,
que saque bien esta mancha;

pues á mejor negociar,
 si de mí quiero quitarla,
 he de ponerla en mi hijo;
 y diciendo que la causa
 fuiste tú, ¿he de ser yo mismo
 pregonero de tu infamia?
 Si algun cuidado amoroso
 te obligó á que me engañaras,
 ¿que enemigo te oprimia?
 ¿Qué puñal te amenazaba,
 sino un padre, padre al fin?
 Que este nombre solo basta
 para saber de qué modo
 le enternecieran tus ansias.
 Un viejo que fue mancebo
 y sabe bien la pujanza
 con que en pechos juveniles
 prenden amorosas llamas.

Don Garcia.

Pues si lo sabes, y entonces
 para escusarme bastára;
 para que mi error perdones,
 agora, padre, me valga.
 Paréceme que sería
 respetar poco tus canas
 no obedecerte, pudiendo,
 me obligó á que te engañara.
 Error fue, no fue delito;
 no fue culpa, fue ignorancia;
 la causa amor, tú mi padre;
 pues tú dices que esto basta.
 Y ya que el daño supiste,
 escucha la hermosa causa;
 porque el mismo dañador
 el daño te satisfaga.

Doña Lucrecia, la hija
de don Juan de Luna, es alma
de esta vida, es principal
y heredera de su casa.

Y para hacerme dichoso
con su hermosa mano, falta
solo que tú lo consientas,
y declares que la fama
de ser yo casado tuvo
ese principio, y es falsa.

Don Beltran.

No, no, ¡Jesus! calla: ¿en otra
habias de meterme? basta.

Ya, si dices que esta es luz,
he de pensar que me engañas.

Don Garcia.

No señor, lo que á las obras
se remite, es verdad clara;
y Tristan, de quien te fias,
es testigo de mis ansias:
dilo Tristan.

Tristan.

Si Señor,
lo que dice es lo que pasa.

Don Beltran.

¿No te corres de esto? dí:
¿no te avergüenza, que hayas
menester que tu criado
acredite lo que hablas?

Ahora bien, yo quiero hablar
á don Juan; y el cielo haga
que te dé á Lucrecia, que eres
tal que ella es la engañada.

Mas primero he de informarme
en esto de Salamanca;

que ya temo , que en decirme
que me engañaste , me engañas.
Que aunque la verdad sabia ,
antes que hablarte llegára ,
la has hecho ya sospechosa
tú con solo confesarla. *vase.*

Don Garcia.

Bien se ha hecho.

Tristan.

¿ Y cómo bien ?
que yo pensé que hoy probabas ,
en tí aquel salmo hebreo ,
que brazos cortados sana.

ESCENA IX.

SALA CON VISTAS Á UN JARDIN.

Don Juan, enciado, y don Sancho.

Don Juan.

Parece que la noche ha refrescado.

Don Sancho.

Señor don Juan de Luna , para el rio
este es fresco en mi edad demasiado.

Don Juan.

Mejor será que en ese jardin mio
se nos ponga la mesa , y que gocemos
la cena con sazón , templado el frio.

Don Sancho.

Discreto parecer , noche tendremos
que dar á Manzanares mas templada ;
que ofenden la salud estos extremos.

Don Juan.

Gozad de vuestra hermosa convidada
por esta noche en el jardin , Lucrecia.

A dentro.

Don Sancho.

Veaísla, quiera Dios, bien empleada;
que es un angel.

Don Juan.

De mas de que no es necia,
y ser cual veis, don Sancho, tan hermosa,
menos que la virtud la vida precia. (1)

Criado.

Preguntando por vos don Juan de Sosa
á la puerta llegó y pide licencia.

Don Sancho.

¿A tal hora?

Don Juan.

Será ocasion forzosa.

Don Sancho.

Entre el señor don Juan.

ESCENA X.

Dichos, y don Juan con un papel.

Don Juan.

A esa presencia,
sin el papel que veis, nunca llegaría;
mas ya con él faltaba la paciencia:
que no quiso el amor que dilatára
la nueva un punto, si alcanzar la gloria
consiste en eso de mi prenda cara.
Ya el hábito salió, si en la memoria
la palabra teneis que me habeis dado,
colmareis, con cumplirla, mi vitoria.

Don Sancho.

Mi fe, señor don Juan, habeis premiado,
con no haber esta nueva tan dichosa como

(C) *Sale un criado.*

por un momento solo dilatado:
 á darla voy á mi Jacinta hermosa;
 y perdonad, que por estar desnuda
 no la mando salir. *vase.*

Don Juan, anciano.

Por cierta cosa
 tuve siempre el vencer; que el cielo ayuda
 la verdad mas oculta: en ser premiada
 dilacion pudo haber, pero no duda.

ESCENA XI.

Dichos, don Garcia, don Beltran y Tristan, que salen por otro lado.

Don Beltran.

Esta no es ocasion acomodada
 de hablarle, que hay visita; y una cosa
 tan grave á solas ha de ser tratada.

Don Garcia.

Antes nos servirá don Juan de Sosa
 en lo de Salamanca por testigo.

Don Beltran.

¡Que lo hayais menester! ¡qué infame cosa!
 En tanto que á don Juan de Luna digo
 nuestra intencion, podeis entretenerlo.

Don Juan, anciano.

¿Amigo? don Beltran.

Don Beltran.

Don Juan, amigo.

Don Juan, anciano.

¿A tales horas tal esceso?

Don Beltran.

En ello
 conocereis que estoy enamorado.

Don Juan, anciano.

Dichosa la que pudo merecello.

Don Beltran.

Perdon me habeis de dar , que haber hallado la puerta abierta , y la amistad que os tengo , para entrar sin licencia , me la han dado.

Don Juan , anciano.

Cumplimientos dejad , cuando prevengo el pecho á la ocasion de esta venida.

Don Beltran.

Quiero deciros , pues , á lo que vengo.

Don Garcia.

Pudo , señor don Juan , ser oprimida de algun pecho de envidia emponzoñado verdad tan clara ; pero no vencida. Podeis por Dios creer que me ha alegrado vuestra vitoria.

Don Juan.

De quien sois lo creo.

Don Garcia.

Del hábito goceis encomendado , como vos mereceis , y yo deseo.

Don Juan anciano.

Es en eso Lucrecia tan dichosa que pienso que es soñado el bien que veo ; con perdon del señor don Juan de Sosa , oid una palabra , don Garcia : que á Lucrecia quereis por vuestra esposa me ha dicho don Beltran.

Don Garcia.

El alma mia , mi dicha , honor y vida está en su mano.

Don Juan anciano.

Yo desde aquí por ella os doy la mia , (1)

(1) *Se dan las manos.*

que como yo sé en eso lo que gano ,
lo sabe ella tambien , segun la he oido
hablar de vos.

Don García.

Por bien tan soberano
los pies , señor don Juan de Luna , os pido.

ESCENA XII.

Dichos , don Sancho , doña Jacinta y doña Lucrecia

Doña Lucrecia.

Al fin tras tantos contrastes ,
tu dulce esperanza logras.

Doña Jacinta.

Con que tú logres la tuya
seré del todo dichosa.

Don Juan anciano.

Ella sale con Jacinta
agena de tanta gloria ,
mas de calor descompuesta
que aderezada de boda :
dejad que albricias le pida
de una nueva tan dichosa.

Don Beltran.

Acá está don Sancho ; mira
en qué vengo á verme agora.

Don García.

Yerros causados de amor ,
quien es cuerdo los perdona.

Doña Lucrecia.

¿ No es casado en Salamanca ?

Don Juan anciano.

Fué invención suya engañosa ,

Procurando que su padre
No le casase con otra

uer. - Siendo así, mi voluntad

Es la tuya, y soy dichoso

ench. - Llegad, ilustres mancebos

A vuestras alegres novias

Que dichosas se confiesan

Y os aguardan amorosa

Sarc. - Ahora de mi verdad

Darán probanza las

(Vanse D. Garcia y D. Juan, a

Juan. - ¡A donde vais, D. Gar

Veis allí a' Lucrecia he

Sarc. - ¡Cómo Lucrecia!

Belt. - ¡Que es esto!

Sarc. - (A Jacinta.)

Vos sois mi dueño
Otra tenemos.

re, no erre la persona.
os sois a quien yo he perdido
vos la que el alma adora.
Y este papel, engañoso

(Toca un papel)
es de vuestra mano propia
bo que decís no desdice.

Que en tal afrenta me ponga
dame, Jacinta, la mano,
y dareis fin a estas cosas.

Dáde la mano a D. Juan.
(a D. Juan.) Vuestra sy.

ap.) Perdi mi gloria.

Vivé Dios, si no reñes
a buerrecia por esposa.

Que te he de quitar la vida
la mano os he dado agora

Si vuestra inconstancia
Os ha mudado tan pre-
zo lavaré mi deshonra
Con sangre de vuestras

Just. Qui tienes la culpa to-

Que si al principio de-
ba verdad, esta es la

Que de Jacinta gozaba
Ya no hay remedio: pe-

Y dá la mano á Lu-

Que tambien es buena

Just. La mano doy, pues es,

Just. Y aqui veras, cuan da-

Es ~~la~~ mentira; y ver
el Senado, que en la
Del que mentir acos-

